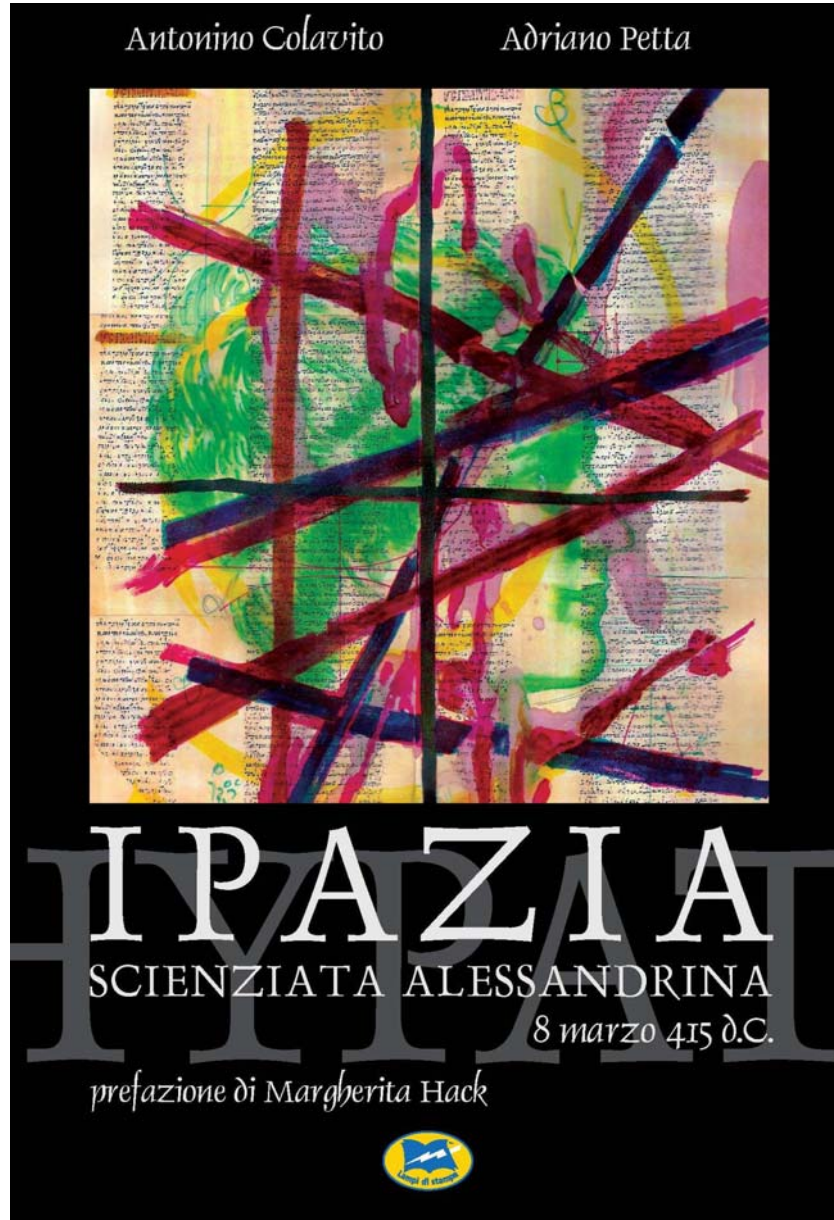


## «*Ipazia, scienziata alessandrina*»

novela histórica de **Adriano Petta** y **Antonino Colavito**  
editada por *Lampi di Stampa* –ISBN 88-488-0284-2



**sinopsis completa y extractos**  
*traducidos por María Trinidad Pinazo Delgado*

Copyright © by Adriano Petta & Antonino Colavito  
(Copyright © by Lampi di stampa only for digital printing)

ISBN 88-488-0284-2

e-mail: [lampidistampa@lampidistampa.it](mailto:lampidistampa@lampidistampa.it)

tel. 02.28315997 – fax. 02.28315906

(Primera edición: abril 2004)

Depósito Registre de la Propietat Intel·lectual de Barcelona B-6064-03

## Sinopsis de la novela histórica: «Hipatia de Alejandría»

### Primera Parte: «La Biblioteca y el Serapeo»

**I: Alejandría, 1 de julio del 391 d.C.**— Hipatia, veintiún años, bellísima hija del matemático Teón, estudiosa ella misma de matemáticas, astronomía y filosofía en el Centro de Estudios de Alejandría, se presenta en el taller de Isidoro para encargarse de cien mil rollos de papiro: son precisos para copiar los textos más importantes de entre los setecientos mil que contiene la Biblioteca. Sin embargo, todas las existencias han sido adquiridas por el obispo-patriarca Teófilo. Isidoro le hace saber que, a causa de la sequía, será difícil poder procurarse un número semejante de hojas de papiro en Egipto.

Hipatia entabla amistad con el hijo de Isidoro, Shalim, cristiano, dos años más joven que ella, que se interesa por la ciencia: le explica que la biblioteca podría estar en peligro como consecuencia de los últimos edictos del emperador Teodosio contra los paganos, dado que aquella se encuentra en el templo más importante de Egipto: el de Serapis (o Serapeo). Hipatia invita a Shalim a acudir a la biblioteca al día siguiente.

#### ***Primer sueño: «sobre la aventura de la conciencia»***

*Hipatia está sola en el proscenio de un gran teatro, en el que la orquesta y las gradas aparecen repletas de una multitud de muchachos y muchachas. Se pregunta de qué tierras o ciudades pueden venir estos jóvenes, ya que su ciudad, Alejandría, se encuentra en plena decadencia. Y habla a quienes han acudido a escucharla del fin de los oráculos, pues los dioses han dejado de responder a los hombres, del pensamiento, de la reminiscencia, del mundo de las ideas, de la aventura de la conciencia, que consiste en ir más allá de las leyes, de la razón, del origen del cosmos, de los espacios infinitos, de los innumerables planetas y estrellas, de la incapacidad de evaluar con los sentidos el tamaño de los astros, las distancias entre los mismos.*

*Cae la noche y los jóvenes se difuminan en una niebla que envuelve el teatro. Hipatia se queda sola, frágil y pequeña sombra.*

**II: 2 de julio del 391 d.C.**— Con las primeras luces del alba, Shalim alcanza el templo. En el claustro (que alberga la biblioteca *hija*, después de que la *madre* fuera destruida cuatro siglos atrás por Julio César) se encuentran sólo Teón e Hipatia.

Teón necesita a una persona de confianza que no forme parte del cuerpo académico que frecuenta la biblioteca; habla con Shalim, escucha sus proyectos, comprende que es alguien de quien poder fiarse.

Hipatia – a través de un acceso secreto – conduce a Shalim a los subterráneos del templo, por una tupida red de corredores repletos de nichos que contienen millares de códices y rollos de papiro: los más preciados son los comentarios fruto de investigaciones llevadas a cabo en el antiguo *Museion*. Y, entre todos ellos, destacan los estudios sobre antiguos tratados del atomista fenicio Mosco, sobre Demócrito y sobre la teoría heliocéntrica de Aristarco de Samos. Por más que las galerías subyacentes al Serapeo sean un dédalo prácticamente inaccesible, Hipatia y Teón temen que pueda suceder algo al templo y, por eso, quieren trasladar a otro sitio al menos estos papiros de contenido revolucionario, toda vez que han visto frustrarse su propósito de hacer copias de los mismos. ¿Qué lugar podría ofrecerles las suficientes garantías? A Shalim no le cabe duda: el Faro, la gigantesca construcción que hasta el momento ha resistido a toda inclemencia. En alguna parte, en cualquier recoveco, allí debe haber, con certeza, un refugio seguro.

Hipatia se alegra de poder contar con el sentido práctico de Shalim, mientras éste no acaba de creer que lo que le está sucediendo pueda ser realidad: Teón lo ha invitado a instalarse con ellos... y él ha aceptado.

Shalim se dirige al barrio judío, a casa del viejo Zeev. Después acompaña al sobrino Shai al Faro, para las operaciones de carga y descarga de la resina; una vez allí, logra deslizarse por todos los rincones de la descomunal edificación, llegando hasta los sótanos. Luego regresa a casa de Teón e Hipatia y les expone su plan: ha conseguido ser contratado para el abastecimiento del Faro y, día tras día, podrá ir llevando ánforas funerarias con doble fondo, en las que ocultará los preciados papiros... ánforas que esconderá en los lúgubres subterráneos del Faro, a los que se accede por una entrada secreta, situada en el cementerio de los niños.

Hipatia y Shalim suben a la terraza: bajo un espléndido cielo estrellado, Hipatia comienza a hablar al joven de sus proyectos.

**III: 3 de julio del 391 d.C.**– Muy de mañana Hipatia y Shalim acuden al Serapeo. En las galerías, preparan los papiros y códices que deben ser transportados. Shalim empieza a ocultar las valiosas obras en los fondos de las ánforas y luego vuelve a subir a la gran aula donde Hipatia está impartiendo una lección de epistemología y donde el joven conoce a sus futuros compañeros de estudio: Nicandro, Valeria, Octavia, Herculiano,

Ausencio, Esiquio, David, Samuel y Olimpio (judíos, paganos y cristianos).

Poco antes de la puesta de sol Shalim acompaña a Teón a su casa, coge una cítara y un *aulos* y se reúne con Hipatia, que lo espera en la isla del Faro, junto al templo de Poseidón, no lejos del puerto prehistórico.

Shalim acompaña a la joven filósofa con la flauta mientras ella, con la cítara, crea una melodía pura, incontaminada, que se funde con la belleza del atardecer sobre el mar. Llamam a esta composición *La constelación de la música*.

### **Segundo sueño: «sobre el átomo»**

*Hipatia, desde el Serapeo, donde estaba estudiando las obras de los atomistas, se ve transportada a otro lugar, entre antiguas ruinas, en los confines de un bosque de robles, donde, tiempo atrás, el Padre Zeus susurraba sus respuestas a través del rumor de las hojas. Junto a los árboles hay un hombre alto vestido insólitamente que quiere ser su alumno. La filósofa le responde que no puede complacerlo, ya que los días que le quedan de vida van siendo cada vez menos, sin embargo puede compartir con él sus averiguaciones acerca de los cuerpos elementales o átomos y sobre el vacío intangible e inmaterial que constituyen el universo. Y le expone las conclusiones a las que llegaron los atomistas, Leucipo, Demócrito, Epicuro, y cómo se puede rebasar la frontera de lo sensorial por medio de la inteligencia y de la abstracción más pura. Y elaborar una concepción, no materialista ni determinista, de lo infinitamente pequeño, dada la imposibilidad de calcular con precisión absoluta la posición o la velocidad de una partícula atómica en un momento determinado. Incertidumbre como característica objetiva del universo; observación o acontecimiento, ya no como realizaciones neutrales, sino como resultado de una experiencia, de una interacción entre el objeto y el sujeto.*

*La tarde está oscureciendo el bosque y separa al oyente entusiasmado de su maestra, conscientes ambos de que su pensamiento permanecerá vivo y será retomado por quienes aman el conocimiento.*

**IV: 4 de julio del 391 d.C.**— Shalim está trabajando en las galerías bajo la biblioteca cuando aparece, jadeante, Hipatia y lo invita a abandonar los subterráneos en su compañía, usando la salida de emergencia situada junto a la columna de Pompeyo: han venido a visitarlos el obispo Teófilo y el prefecto imperial Evagrio.

Cuando Shalim e Hipatia llegan al claustro del Serapeo, Teón está conversando con los recién llegados. Enseguida inician una encendida discusión (en la que también participan los filósofos-sacerdotes Olimpio, Eladio y Ammonio) que pone de manifiesto el inevitable conflicto entre Ciencia y Religión, entre el *recto canon de verdad* ofrecido por la ciencia y el

*canon de fe* propuesto por los nicenos. Al tono sereno de Teón viene a añadirse la argumentación, más apasionada, de Hipatia, que – como ejemplo – indica precisamente el lugar en el que se encuentran: la biblioteca – el símbolo de la razón – inserta en el principal templo religioso de la ciudad. Hipatia abunda en su razonamiento, agregando que *si la astronomía es por sí misma una ciencia de elevada dignidad... puede – por otra parte – erigirse también en vía para ascender a algo más alto, en trámite adecuado hacia la inefable teología.*

Para Hipatia Razón y Religión pueden convivir, para Teófilo no.

El prefecto Evagrio lee el decreto *Nemo se hostis polluat*, promulgado pocas semanas antes por el emperador Teodosio en Aquileya, el 16 de junio... y precisa que todas sus disposiciones se aplican ahora también a Egipto, anulando los privilegios de los que largamente había gozado Alejandría.

Se prohíbe la apostasía del cristianismo, so pena de pérdida de los derechos testamentarios. Se proscriben todo sacrificio religioso, público o privado. Son anuladas las ceremonias oficiales tradicionales. Y, para concluir, *que nadie se aproxime a las aras de sacrificio, ni camine en el interior de los templos, ni venere imágenes forjadas por manos humanas.*

Teófilo y el prefecto abandonan el Serapeo, dejando a la guardia imperial para asegurar que nadie vuelva a entrar en el templo de Serapis. De manera absolutamente excepcional se permite acceder al claustro, donde están instalados la biblioteca y el Centro de Estudios.

Olimpio, Eladio, Ammonio, Teón, Hipatia y Shalim están desconcertados.

Shalim parte hacia el Faro llevando consigo las dos primeras ánforas que contienen los preciados textos de los grandes sabios griegos.

### ***Tercer sueño: «sobre la materia, sobre el movimiento, sobre la fuerza cósmica»***

*Hipatia está sola entre los robles. Reflexiona sobre los atributos de los dioses y sobre la ignorancia de los hombres, que no saben si el alma existe previamente o se insinúa en el cuerpo en el momento de nacer, si perece con la muerte del cuerpo o renace nuevamente en un ser distinto.*

*La asalta una visión: la llanura que se extiende hasta las montañas se puebla de hombres y de mujeres vestidos de las más dispares formas. A este hervidero de sombras, que proceden del presente, del pasado y del futuro, Hipatia le habla de la materia y del espacio. Reclama la concepción de la materia desarrollada por los antiguos filósofos, como realidad que permanece inalterable incluso cuando se transforma. Tales, Anaximandro, Anaxímenes, Pitágoras, Parménides, Heráclito,*

*expresan a través de su voz sus postulados en cuanto a la sustancia, considerada el fundamento de todas las cosas.*

*Hipatia describe, por otra parte, la teoría del movimiento elaborada por Demócrito y Leucipo en relación con los átomos o indivisibles. Y lleva a sus últimas consecuencias esta formulación, abundando en los modernos conceptos de velocidad, aceleración, fuerza, masa, atracción entre los cuerpos, válidos para cualquiera de los infinitos mundos. Y la reducción de la complejidad de todo lo que acontece a leyes simples y poderosas, y su ineludible confutación, y el establecimiento de nuevas relaciones entre los fenómenos, que superan las preexistentes, en un juego apasionante y que no tiene fin.*

*Y habla del hombre que puede engendrar un otro yo y no llegar a conocer la muerte, puesto que participa de la misma sustancia del cosmos. Vivir con sufrimiento, y morir, no es bueno ni malo, ni acertado, erróneo o inevitable, como repiten incesantemente soberanos y sacerdotes: es simplemente inútil.*

*Hipatia está de nuevo en el templo de Serapis.*

**V: 11 de agosto del 391 d.C.**— Shalim esconde la última ánfora en los subterráneos del Faro y acude a casa de Valeria, su compañera del Centro de Estudios. Allí asiste a la celebración – en secreto – de una ceremonia religiosa pagana, oficiada por el filósofo-sacerdote Olimpio, y conoce al poeta Claudio Claudiano, pagano y amigo de Hipatia. Valeria revela su afecto por Shalim, pero el corazón del joven ya sólo pertenece a su maestra.

Teón e Hipatia conciben un nuevo plan de evacuación: de los setecientos mil papiros pretenden transportar al menos los originales (unos quinientos mil) a una nave que se encuentra atracada en el puerto prehistórico y que pertenece a su amigo Zósimo, un viejo comerciante sirio... para trasladarlos, más tarde, a cualquier otra localidad menos expuesta que Alejandría.

**VI: 12 de agosto del 391 d.C.**— Teón, Hipatia y Shalim se encaminan al puerto prehistórico para entrevistarse con Zósimo, a bordo de la vetusta embarcación. Allí encuentran a uno de los dos hermanos de Hipatia, Epifanio, que es atleta y se prepara para las Olimpiadas.

Zósimo describe el ataque al templo de Poseidón que ha presenciado durante la noche.

Comprende los temores de Teón y de Hipatia y comienza a tomar seriamente en consideración la idea de evacuar la prestigiosa biblioteca; promete que irá a visitar el claustro del Serapeo, para evaluar la envergadura del proyecto. Rememora con ellos dos importantes

acontecimientos de los que fue testigo el año anterior: la masacre de Tesalónica, provocada por el emperador Teodosio, y la consiguiente sumisión de éste al obispo Ambrosio en la catedral de Milán.

Al oscurecer Teón, Hipatia, su hermano Epifanio, Shalim y Valeria, Zeev y Zósimo asisten a una representación teatral. Pero la jovialidad de Plauto no logra disipar las sombras que se ciernen sobre el grupo de amigos: la cúpula del *Caesareum*, que se divisa desde el teatro, está completamente cubierta de cuervos, señal de mal agüero.

**VII: 13 de agosto del 391 d.C.**– Con la autorización del prefecto, unos cuantos cristianos se apoderan de las estatuillas de Serapis que se encontraban en el templo consagrado al dios, las colocan en la plaza adyacente a éste y las cubren de excrementos. La muchedumbre, mientras prorrumpe en amenazas de muerte contra los profanadores, ocupa el templo, contraviniendo las disposiciones imperiales. Teón, Hipatia, Zósimo, Shalim y los demás presencian, impotentes, los sucesos.

Por toda la ciudad comienza la caza a los cristianos que han cometido este sacrilegio. Corre la sangre.

Shalim e Hipatia buscan sacas para transportar los papiros y códices a la nave de Zósimo y tienen la intención de presentarse ante el prefecto para solicitar que se les asigne otro local a donde trasladar la biblioteca.

Ante la tumba de Alejandro Magno, decenas de cadáveres: son los cristianos que profanaron el Serapeo, asesinados por paganos enfurecidos. La multitud reconoce a Hipatia, la retienen, pretenden que se dirija al emperador. Shalim le suplica que no se detenga, consigue convencerla, logran escapar a caballo justo cuando aparece la guardia imperial.

**VIII: 13 de agosto del 391 d.C.**– La embarcación de Zósimo no puede contener más de cincuenta mil textos. El viejo comerciante sirio comunica a Shalim que el prefecto y las autoridades de la ciudad se han negado a concederles un local para alojar la biblioteca y que esperan la respuesta del emperador a propósito de la ocupación del Serapeo por parte de los paganos. Después entrega a Shalim un puñal: debe proteger a Hipatia, cuya vida vale más que todos los textos de la biblioteca. El joven promete a Zósimo que enviará a Ausencio para que lo ayude a montar la guardia en la nave.

A caballo, Shalim se dirige al Serapeo, pero en las calles de la ciudad se está librando una auténtica batalla: ahora, a los pies de la tumba de

Alejandro Magno hay cuerpos de paganos asesinados por los cristianos, en venganza. En compañía del poeta Claudiano, Shalim regresa al Centro de Estudios donde el filósofo-sacerdote Olimpio está contando a Hipatia y a Teón un sueño suyo, recurrente desde hace tiempo, que anuncia la destrucción del Serapeo. Y bajo el templo se encuentra la biblioteca, la única superviviente – tras los incendios que destruyeron las de Pella, Atenas, Pérgamo y Antioquía –, aquella en la que se custodia el saber universal...

**XI: 21 de agosto del 391 d.C.**– Es de noche. Tras despedirse de Zósimo, en el camino de regreso, Shalim se encuentra con el sacerdote Olimpio, que abandona Alejandría para huir a Roma: ha vuelto soñar con la destrucción del templo de Serapis y, en ciertomodo, se considera una especie de eslabón susceptible de unir el mundo de lo onírico con la realidad.

Cuando Shalim llega a la biblioteca, sus compañeros, Teón e Hipatia han emprendido una febril labor de catalogación de las obras más importantes que aún deben ser evacuadas, toda vez que la nave de Zósimo ya no tiene cabida para más volúmenes.

Al amanecer una multitud desaforada, que sigue a Teófilo, invade la plaza frente al Serapeo. El obispo, rodeado y protegido por un centenar de soldados romanos, lee en voz alta la respuesta del emperador Teodosio que – apoyando plenamente a la comunidad cristiana – ordena expulsar del templo a los paganos que se han rebelado contra su mandato. Para evitar una carnicería, Hipatia pide que se le permita actuar como intermediaria ante quienes se encuentran allí desde hace días: Teófilo accede y, así, acompañada por Shalim y por el sacerdote Ammonio, se adentra en el templo, al que inmediatamente se aproximan el obispo y los soldados romanos. Mientras la gente empieza a salir, Teófilo, con un pico, asesta un primer golpe a la estatua del dios Serapis, siendo emulado luego por una turba cristiana que se entrega a la destrucción. Hipatia y Shalim descienden por la escalinata atestada de gente que huye, inundada ahora por un humo acre: cuando llegan al claustro decenas de monjes-parabolanos provistos de antorchas están abandonando los pórticos en llamas tras haber dado fuego a la biblioteca. En el incendio desaparecen Zeev y Teón.

Hipatia, confiando en que hayan tenido tiempo para ponerse a salvo en los subterráneos, corre allí en compañía de Shalim, se adentra en las galerías... pero no hay rastro de los dos ancianos.

Shalim e Hipatia escapan, se dirigen a la isla del Faro, hacia la nave de Zósimo. La ciudad está en llamas, todos los templos paganos están siendo destruidos y quemados. Llegados al templo de Poseidón (que también arde), asisten impotentes al incendio de la embarcación con los últimos papiros y códices de la biblioteca: entre las llamas mueren también Zósimo y Ausencio.

Hipatia, en lágrimas, recita fragmentos de antiguas oraciones paganas.

#### ***Cuarto sueño: «sobre la luz, sobre el tiempo»***

*Una mujer camina entre las cálidas y oscuras sombras del bosque. Enredándose en la maleza, tropezando con angulosas piedras que se interponen a su paso, por fin llega hasta una playa. No recuerda su nombre, tiene sólo la profunda convicción de que no debe pararse, nunca. Con un gesto inconsciente deja su ropa sobre la arena y se sumerge en el agua límpida y espumosa, bajo un sol deslumbrante. Mueve lentamente brazos y piernas, nadando mar adentro, hacia donde lo celeste se confunde en el azul. Primero más despacio, luego rápidamente, se va alejando en dirección a la distante línea del horizonte... y, finalmente, se detiene y se abandona al sostén de aquella esencia líquida que la rodea, recuerda.*

*Vienen a su memoria destellos de vida pasada, y de un día de verano en su casa, intentando formular nuevos conceptos sobre el tiempo: el espacio-tiempo o mundo en cuatro dimensiones, la validez de las leyes de la naturaleza para todos los sujetos que se mueven uniformemente, espacio y velocidad en un sistema de referencia definido.*

*Recuerda la visión de una noche en la que, siendo ella astrónoma, observaba las estrellas. Un niño de luz, todo de oro, se le apareció en la oscuridad y le habló del universo en continua expansión, de la velocidad de la luz, que es siempre la misma, aunque la fuente se mueva hacia nosotros o aunque se aleje en cualquier dirección, aunque nosotros vayamos a su encuentro o nos distanciamos de ella. Del tiempo, que no es absoluto, puesto que no transcurre de igual modo en todas las partes del universo; de un hecho, que no tiene lugar en el mismo momento para dos sujetos que se muevan uno respecto al otro. De la contracción de la materia al aumentar la velocidad; del resplandor de luz del primigenio surgir del universo, que no ha envejecido ni siquiera un instante.*

*Regresa pausadamente a la costa, y avanza por la orilla. Divisa una figura que se mueve, que parece danzar en la playa, que la llama, pero ella no responde, como tantas otras veces en su vida. E Hipatia de Alejandría se detiene, se tumba sobre la arena maleable y se abandona al sueño, y duerme durante diez, cien, mil años.*

*Al despertar se encuentra en una pequeña y familiar ensenada junto al faro de Alejandría. Se envuelve en su manto y se encamina hacia el Templo.*



## Segunda Parte: «El Centro de Estudios en la vía del Sol»

**I: 15 de noviembre del 392 d.C.**– No habiendo recibido de las autoridades un nuevo edificio para refundar la biblioteca, Hipatia ha transformado su casa de la vía del Sol en un Centro de Estudios. El grupo de asiduos se ha reducido. Teón y Ausencio desaparecieron en los incendios del 21 de agosto del 391 d.C., Olimpio y Octavia se retiraron. Claudio Claudiano y el filósofo-sacerdote Olimpio se refugiaron en Roma, mientras los otros dos filósofos-sacerdotes, Eladio y Ammonio, lo hicieron en Constantinopla.

Hipatia se dedica por completo al estudio y a la investigación científica. Duerme sólo tres horas al día.

Está mostrando a sus alumnos el astrolabio que acaba de construir cuando el prefecto imperial Evagrio viene a su encuentro: les propone, a ella y a sus discípulos judíos y paganos, que se conviertan al cristianismo, conduciéndose de manera que todos los que en Alejandría están en contacto con ellos puedan seguir su ejemplo; a cambio promete cuantiosas subvenciones y un edificio entero para un nuevo Centro de Estudios, así como una nueva biblioteca. La discusión se enciende con el neto rechazo por parte de Hipatia y de todos sus alumnos. “Si nos dejamos comprar, perderemos nuestra libertad. Y no podremos seguir estudiando. ¿Entiendes, prefecto? Así es como funciona una mente libre: incluso ésta tiene sus reglas”.

El prefecto, entonces, les anuncia que no volverán a percibir ni siquiera la pequeña ayuda que hasta el momento se había concedido al Centro de Estudios. Acto seguido, lee el cuarto edicto que el emperador ha promulgado el ocho de noviembre, en el que se dice – entre otras cosas – que a los paganos y judíos que lleven a cabo sacrificios o prácticas adivinatorias, se les aplicará la pena de muerte. Invita a Hipatia a entregarle todos los objetos sagrados ocultos en la casa... y la joven filósofa le señala el astrolabio apenas construido, afirmando que aquéllos son los únicos objetos sagrados que tienen en su poder.

El prefecto abandona el aula y el grupo empieza a asumir la nueva situación: cómo hacer frente a los problemas económicos. Pero no se dejan abatir por las dificultades, e Hipatia corresponde a la confianza de sus alumnos con palabras de renovado entusiasmo. Y mientras habla, Shalim comprende que se siente vivo gracias a ella.

**II: 23 de julio del 393 d.C.**– Hipatia parte hacia Atenas acompañada por su hermano Epifanio y por Shalim, para concurrir a un encuentro

sobre astronomía y filosofía. Posteriormente se desplazará a Olimpia donde asistirá a las Olimpiadas, y en particular a la prueba del *dolico*, en la que compite el hermano.

La joven filósofa visita el Partenón en compañía de Siriano, un antiguo compañero de estudios en la Academia neoplatónica de Atenas. Siriano comprende la decepción de Hipatia... porque la Academia ya sólo vive de recuerdos: no hay nada de original en la especulación filosófica y científica del momento. Pero Hipatia también está decepcionada porque ella y Shalim no logran encontrar el tratado sobre la luz del atomista fenicio Mosco, ni el de Demócrito... textos que están buscando desde hace tiempo y que podrían modificar el curso de la investigación científica.

El once de agosto, tercer día de las 293as Olimpiadas, Hipatia, su hermano Atanasio y Shalim presencian la prueba del *dolico* en la que el hermano Epifanio es uno de los once finalistas. Es una carrera extenuante, bajo un tórrido sol, es la más larga. Epifanio tiene un cuerpo poderoso, más adecuado para una distancia breve, y esto ha sido desde hace tiempo motivo de discusión entre él y su hermana. La joven está preocupada, sabe que el hermano quiere dedicarle la victoria. La disputa es apasionante, pero, debido al tremendo esfuerzo – justo al final, cuando la meta se aproxima – Epifanio cae desplomado sobre la tierra y muere. Su cuerpo es incinerado en el altar de Zeus al atardecer del quinto día, al término de los sacrificios y de las competiciones.

### ***Quinto sueño: «sobre los oráculos, sobre el logos, sobre las innumerables posibilidades»***

*La mujer que se aleja rápidamente de la orilla del mar es la guía de una sociedad futura en la que se producirán no sólo situaciones de carácter físico, sino también bienes espirituales. En este mundo los dioses han enmudecido, y los seres humanos reciben la experiencia de los otros, convirtiéndose en individuos extremadamente pobres, esclavos de credos, de ideologías, de instituciones religiosas.*

*Hipatia empieza a subir la escalinata del Serapeo, pero enseguida se da cuenta de que sus pies no están pisando los peldaños, sino una avenida empedrada que bordea la vertiente de un monte, flanqueada por estatuas y elegantes construcciones, y que conduce al gran Templo de Apolo. Es consciente de estar en el Santuario de Delfos, ahora cerrado, habiéndose prohibido las consultas al oráculo hace ya muchos años. Los antiguos afirmaban que el arte de la mántica podía declinar, ya que no estaba en condiciones de contrarrestar indefinidamente la acción del tiempo.*

*Igualmente el cosmos está sujeto a transformaciones, compuesto por un principio pasivo o materia y por un principio activo o logos o razón. El logos es la causa, es lo divino,*

*y, eterno y difundido en la materia, está en el origen de todos los entes. El todo o naturaleza universal se expande, pero llegado a un cierto punto de la evolución, se contrae y vuelve a su estado primitivo, donde está concentrada toda la sustancia, y a un nuevo despertar que da inicio al gran año, según Heráclito.*

*Voluntad del hombre y voluntad de lo divino han de manifestarse en una acción que debe alcanzar el objetivo, y el efecto de dicha acción tiene que recaer sobre el sujeto del que procede la acción misma. Ni el hombre ni lo divino podrían plantearse crecimiento alguno, si las consecuencias de sus respectivos actos no acabaran convergiendo sobre ellos. Ni la tierra, ni la humanidad, que ya no es el centro del universo, no siendo tampoco el hombre la criatura preferida de un dios.*

*Hipatia vuelve a encontrarse en el Serapeo, rodeada de un mundo que se desvanece. Violentas transformaciones se suceden a diario no sólo a su alrededor, sino también dentro de ella, como si su vida estuviera bajo el influjo de una revelación. Voces que la aleccionan, imperativos interiores a los que no es capaz de sustraerse. Dicen: obra con arte en tu vida, conviértete en un medio impersonal, sé consciente de lo que la ciencia te muestra, y haz que los conocimientos adquiridos se constituyan en verdadero poder sobre los fenómenos investigados.*

**III: 15 de diciembre del 393 d.C.**— Hipatia y Shalim acuden a Roma, donde se reúnen con Claudio Claudiano y con el filósofo-sacerdote Olimpio. Al encuentro asisten también el prefecto del Pretorio en Italia, Nicómaco Flaviano, y el escritor Simmaco Quinto Aurelio, ex prefecto de Roma. Discuten sobre Agustín, sobre Ambrosio, sobre los textos de Demócrito y de Mosco, que Hipatia sigue buscando en vano, sobre la situación del imperio en Oriente y en Occidente, sobre el joven emperador Eugenio... último baluarte frente al oscurantismo de Teodosio.

Luego viajan a Milán, capital del imperio, donde Hipatia consigue entrevistarse brevemente con Ambrosio: el obispo le dice abiertamente que filósofos y hombres de

ciencia tienen contados sus días. Es como si Aristóteles, Platón, Demócrito, Arquímedes, Hipócrates... no hubieran existido jamás. La Religión Católica prevalecerá sobre la Razón. Manifestaciones como las Olimpiadas no se volverán a producir. Desde el día en que, precisamente en aquella catedral, Teodosio le besó los pies, ha concluido la supremacía del imperio sobre la Iglesia: el emperador firma todos los edictos que él, Ambrosio, le prepara.

Hipatia y Shalim abandonan la catedral. El cielo oscuro lo invade lentamente una explosión de luz glacial: Shalim teme el Apocalipsis, la angustia desfigura los rostros aterrados de los monjes y de Ambrosio.

**Sexto sueño: «sobre las imágenes, sobre la polis, sobre el divino auriga»**

*Un hombre recorre las calles de una ciudad moderna, su ciudad. Reflexiona sobre un acontecimiento que se ha hecho habitual, los procesos de beatificación o santificación que congregan en las plazas a millares de personas. Y sobre los milagros, hechos a los que la ciencia no parece encontrar una explicación. Pero, ¿qué ciencia? Se ha demostrado que en la cuantificación de los fenómenos físicos el instrumento utilizado interfiere siempre en la experiencia que se examina. Esta falta de objetividad es clamorosa en el nivel microscópico, en el que no es posible conocer con total exactitud las referencias de un hecho, ya que el observador interactúa con lo observado. Así, no podemos tener certeza sobre las cualidades de la cosa observada, ya sea ésta una persona o un acontecimiento cualquiera, dado que el tocar, el mirar, el pensar mismo del sujeto modifican el objeto.*

*El milagro, lejos, por tanto, de ser una realidad objetiva, forma parte de una oferta sagrada, en el fondo limitada, puesto que no comprende la curación de la muerte, es decir, la posibilidad de vivir durante infinitos años.*

*El hombre continúa caminando... y evoca un lugar en donde él – vestido inusualmente, como algunos otros de los participantes en el debate – discutía de técnica política, en la antigua ciudad de Alejandría. Lugares de su memoria, hechos que precedieron su propia existencia o partes de un recuerdo colectivo.*

*Deliberaban sobre tan real ciencia, citando a Platón y a Aristóteles, en una enorme sala cuyo techo, decorado con frescos, mostraba una imponente escena de batalla, en la que, sobre un carro de guerra situado entre dos frentes contrapuestos, un arquero y su auriga estaban absortos en una dramática conversación. Humano es el arquero que está llamado a cumplir con su deber, y divino el auriga cuyo rostro es azul, manifestación visible de aquél que no es nacido pero está presente en el momento de la acción, a través de la cual la humanidad existe y avanza. Azul es su color, azul es el color de las potencialidades, azul es el color de la expresión más profunda, azul es la noche de las noches, cuando en el universo no existían ni el espacio ni el tiempo.*

*Y he aquí que una joven mujer de rara belleza entró en la sala, acogida por un repentino silencio y por la devoción de los presentes. Respondiendo con amabilidad al saludo de sus discípulos y compañeros, ella, Hipatia, hija de Teón, se aproximó a él y le dijo: Hombre de otro tiempo, estás aquí porque te hemos convocado. Yo te daré inseguridad, destruiré tus convicciones, desataré lo intrincado de tus condiciones mentales y físicas. Y si quieres, podrás conocer lo que llamas divino, ser una mente universal en un océano interminable de pensamiento y de visiones. Tú sabes que mi vida será breve, y que de mí quedará tan sólo mi nombre y tal vez aquella que dicen ser mi belleza. No obstante, con palabras de Sócrates, puedo asegurarte que obedeceré siempre a mi dios, y que jamás dejaré de amar la sabiduría, de estimular a los demás,*

*de poner las cosas al desnudo ante cualquiera que se cruce en mi camino. Ven a reunirme con aquellos que aman vivir y aprender en la hermosa ciudad de Alejandría y escucha lo que hemos descubierto acerca de las leyes que gobiernan nuestro mundo y los infinitos otros.*

**IV: 21 de septiembre del 394 d.C.**– Hipatia y Shalim escarban entre las ruinas de la biblioteca de Cartago, cuando aparece Agustín, que ha venido sabiendo de su presencia. Trae la noticia de que Teodosio ha vencido en la batalla del Frígido, derrotando a Eugenio y a Flaviano. Se entabla una estrecha discusión entre el sacerdote de Hipona y la joven filósofa (ahora, además, a la cabeza de los neoplatónicos), que años atrás habían coincidido en un congreso de filosofía, en Alejandría. Hipatia intenta hacerlo entender que toda religión, todo dogma, es un freno para la libertad del conocimiento humano. Puede convertirse en una prisión que impida indagar libremente al hombre sobre el origen de la vida y sobre su propio destino.

Agustín abandona a Hipatia visiblemente impresionado por la joven mujer, en cuyos ojos ha advertido la luz de la pureza, en cuyas palabras ha intuido la honestidad intelectual que él ha perseguido siempre.

Una semana después, nuevamente en Alejandría, de noche, Hipatia y Shalim se introducen en las galerías subterráneas del Serapeo, valiéndose de la entrada secreta situada cerca de la columna de Pompeyo. Buscan afanosamente las copias de los comentarios de Mosco y de Demócrito acerca del primer tratado de la luz... y finalmente logran encontrarlas. Hipatia llora de alegría, corren hacia el caballo, escondido a cierta distancia, pero deben huir precipitadamente cuando se aproxima un grupo de soldados romanos. Vuelan en la noche en dirección a la vía del Sol. Shalim se ve obligado a estrechar a Hipatia entre sus brazos, arde de amor y de pasión, Hipatia se estremece confusa, sus ojos se llenan de lágrimas.

#### ***Séptimo sueño: «sobre la gravedad y sobre la transformación»***

*Hipatia es maestra de vida que se muestra a sus discípulos.*

*Ver significa escuchar e impregnarse de la fuerza que emana de su cuerpo.*

*Y ella hablaba, con una voz sin sonido, de su ciencia, de la lucha esencialmente espiritual, del final de una época, final al que se resistía oponiendo las culturas egipcia y griega de las que era depositaria, diosa pagana de la razón y el sentimiento.*

*Imágenes que penetraron en la mente del hombre: la reina Isis, mujer y hermana del dios Osiris, asesinado y descuartizado por su hermano Seth. Isis recuperó su cuerpo,*

*volvió a componer al esposo y lo llamó de nuevo a la vida. Y la danza mística en honor de Dionisos, en la que las Bacantes desmiembran y comen a un animal, víctima del sacrificio y dios. Y el cantor Orfeo, que tras haber perdido por dos veces a su esposa Eurídice, vivió de tal manera su tormento que fue despedazado por las Ménades. Y luego del estrago el poeta comenzó a hablar, a profetizar.*

*Sólo después de la destrucción se revela el mensaje. Osiris, Dionisos, Orfeo, son seres que mueren, se destruyen a ellos mismos, incluso físicamente, para acceder a la vida y al conocimiento. Así, griegos y egipcios celebraban la reconstitución del dios dentro de ellos, el ser humano destrozado que puede ser reconstruido en una situación de conocimiento y de transformación alquímica.*

*Y mientras las imágenes se desvanecían, la voz de Hipatia inundaba la sala, hablando de las fuerzas a que están sujetos la tierra, el sol, los planetas y las estrellas; de cómo un cuerpo cualquiera curva el espacio tridimensional, tanto más cuanto más grande es su masa o su densidad. Esta distorsión del espacio es la fuerza de la gravedad. Y dado que el espacio no está separado del tiempo, también este último acusa la influencia de la densidad de los cuerpos, transcurre con mayor o menor velocidad en los distintos puntos del universo.*

*Gravedad quiere decir ser centro de transformación, de nueva vida, que en cierto modo debe modificar el curso de los acontecimientos. Densa y fuerte ella misma, Hipatia sabía que la represión de aquel centro de conciencia que era la biblioteca de Alejandría habría retrasado o incluso impedido el desarrollo de un acontecer: el ser humano. Ella era atracción, tejido del tiempo y del espacio que se curva bajo la acción del conocimiento, con el fin de hacer converger hacia el centro de gravedad a todos y todo, para forjar el nacimiento de un nuevo universo.*

**V: 19 de marzo del 399 d.C.**– Han pasado cuatro años desde la última vez que Shalim tomó el estilo para escribir sobre Hipatia: su narración se habría reducido a la historia del amor que siente por su maestra.

Hipatia y Shalim acuden al puerto, donde está de paso su compañero de estudios, Sinesio de Cirene, que luego proseguirá viaje hacia Constantinopla. Shalim tiene el corazón roto, pues ha tomado una decisión: vivir al lado de Hipatia se ha convertido en un infierno, está locamente enamorado de su maestra, pero en la vida de ella no hay lugar para el amor, por eso ha decidido marcharse, partirá con Sinesio, no regresará jamás. Hipatia aún no conoce esta determinación.

Sin embargo, en el puerto, mientras acompañan a Sinesio, coinciden con el obispo y patriarca Teófilo que ha ido a recibir a los comites Jovio y Gaudencio... emisarios del emperador que recorrerán toda África para clausurar los templos paganos por orden del mismo. En el carruaje, junto a Teófilo, se encuentra su sobrino Cirilo. Teófilo habla con Sinesio y con

Hipatia. Acusa a la joven filósofa de no contentarse con escrutar las estrellas y los secretos de la naturaleza, afirma que ya no le basta con divulgar la ciencia entre sus alumnos: ahora viste el manto que llevaba Sócrates y va predicando por la ciudad... ¡Y la gente cree en Hipatia porque enseña a dudar y a desobedecer... en vez de inducir a la fe y a la obediencia! Teófilo lanza a Hipatia clarísimas amenazas.

Shalim se resuelve a no partir. Es el día del cumpleaños de Hipatia. La joven advierte lo que ha estado a punto de hacer su discípulo, monta sobre su caballo negro y huye a casa. Aclaran lo sucedido, a Hipatia le angustia la idea de que él pueda abandonarla, pero no va a convertirse en su mujer, le susurra entre lágrimas que ninguno de los dos tiene tiempo para el amor, que el deber de ambos continúa siendo hacer historia... Shalim reúne las fuerzas necesarias para aplacar el huracán que está arrasando su vida.

### ***Intermedio -***

*Nostalgia de amor y pasión por el estudio combaten en Hipatia, como si se tratara de una discusión entre dos partes profundamente enfrentadas y, sin embargo, unidas en un camino impracticable. Figuraciones del eros vienen a entrelazarse con retazos de reflexiones sobre la naturaleza. La evocación del mito del rapto de Perséfone turba en su feminidad a la mujer de ciencia, recordándole dolorosamente la ausencia de un ligamen afectivo con otra persona.*

### **Tercera Parte: «La cúpula negra del Caesareum»**

**I: 11 de diciembre del 414 d.C.**— En aquel lejano día de cumpleaños, quince años atrás, se había apagado en Shalim la llama de la esperanza. Para él no había sido sencillo resignarse cuando su maestra le explicaba que la sensualidad es una cárcel, que esta nuestra pequeña, única, irrepetible vida es una cárcel: que no existe otro camino que el de romper con esta prisión, crecer, aprender, amar, ir más allá de los límites, abrazar la totalidad...

Hipatia se ha propuesto acercar el saber a la gente: hasta ahora los filósofos no se han dirigido nunca a las masas y la sabiduría ha estado sólo al alcance de sus discípulos. Ella cree que ha llegado el momento de liberar a los hombres de la oscuridad, del terror a lo desconocido.

En el pequeño laboratorio junto al Aula Magna de la vía del Sol, Hipatia está acabando de construir el hidroscoPIO, tras haber ultimado, el año anterior, la realización del aerómetro. Siempre ha sostenido que cualquier

ley física debe ser puesta en práctica para demostrar que realmente se cumple lo que se formuló matemáticamente: debe ser probada una y otra vez.

Llega el prefecto imperial Orestes, diferente a todos los que lo han precedido: siente una estima profunda y una gran admiración por Hipatia y procura ayudarla. Ha permanecido en Constantinopla varios meses con ese propósito... y el 30 de noviembre ha conseguido que se restituyan las inmunidades, los privilegios y las subvenciones al Centro de Estudios de la vía del Sol, a los maestros y, en general, al mundo de la cultura en Alejandría. Sin embargo, Orestes está preocupado por el clima que se está creando en la ciudad, a causa del nuevo obispo y patriarca, Cirilo, el sobrino de Teófilo, que instiga a los cristianos a enfrentarse a las comunidades paganas y judías... provocando continuos altercados, luchas, disputas, saqueos, crímenes.

Shalim piensa que la restitución de privilegios e inmunidades al mundo de la cultura puede inducir a Cirilo a acelerar sus planes. Reflexionan sobre lo acontecido en los últimos años, tanto en el imperio de Occidente como en el de Oriente, sobre los continuos edictos de los emperadores Arcadio y Honorio contra los paganos, sobre los saqueos e incendios de sus templos, sobre la destrucción del santuario de Eleusis, donde fueron quemados vivos todos los sacerdotes, sobre los concilios de Cartago, en los que se prohibió la lectura y el estudio de los tratados filosóficos y científicos, sobre las hogueras en las que han ardido todas las bibliotecas del imperio: mil años de tradiciones, de fiestas religiosas, de historia y de cultura... eliminados. En el camino hacia el triunfo definitivo del cristianismo se interpone un solo obstáculo: ella, Hipatia.

Orestes es cristiano, como todos los funcionarios del imperio, pero en realidad es como Shalim, como Hipatia: una mente libre. Le ruega, le suplica a Hipatia que ponga fin a ese deambular entre la gente, enseñando filosofía y ciencia: tiene que hacerlo para preservar el Centro de Estudios. Le aconseja que organice seminarios incluso en Antioquía, en Éfeso, en Atenas, en Constantinopla. Pero Hipatia permanece imperturbable: no piensa, ni remotamente, dejar de hablar a la gente en las plazas, porque sabe que eso es precisamente lo que más asusta al obispo. Cirilo predica en la iglesia, para que los enfermos confíen su curación a una imagen, a cambio de ofrendas... ella va predicando por la calle, para que la gente en vez de entregar oro a la iglesia, lleve a sus hijos a estudiar. Con una inquebrantable voluntad, que le nace de haber decidido consagrarse a esta misión, continuará reuniéndose públicamente

con el pueblo, para ayudarlo a crecer, para liberarlo de estar encadenado a la esclavitud de la ignorancia.

Shalim e Hipatia, durante la noche, después de tantos años, regresan a los subterráneos sobre los que en otro tiempo se alzaban la biblioteca y el Serapeo. En este lugar ahora se yergue la iglesia de San Juan Bautista y el cuartel general de Cirilo, con 500 monjes-parabolanos, procedentes de los monasterios de Nitria, donde aquél pasó toda su juventud y trabó amistad con Pedro el Lector: este pequeño ejército está sembrando terror y muerte por toda la ciudad.

Shalim e Hipatia consiguen desenterrar algunas copias de tratados de atomistas griegos. Mientras huyen, advierten sombras emboscadas. Se refugian en la casa de Valeria y Nicandro, que no está demasiado lejos. Hipatia abraza al hijo de sus alumnos, Fulvio, y el pequeño despierta su emoción, haciéndola pensar que tal vez un niño vale más que la conquista de la luz y del universo entero.

***Octavo sueño: «sobre el mensaje, sobre el sonido, sobre el artista»***

*Un hombre vaga en el frescor de una iglesia monumental, examinando antiguas figuraciones de la maternidad, frescos del Trecento o del Quattrocento. Admira una pintura que representa a una virgen poco más que adolescente, con el vientre abultado por un próximo alumbramiento, envuelta en su manto de un profundo celeste salpicado de estrellas de oro. El mensajero, venido desde el fondo del espacio, de allende las galaxias, de allí donde la materia está creándose constantemente, se ha acercado a la joven y le ha dejado su mensaje.*

*Su vista se nubla, todo se confunde vertiginosamente, está en un templo de forma circular, un pequeño grupo de muchachas y muchachos viene hacia él, lo acoge y le habla en una lengua que él no conoce, pero que por alguna misteriosa razón comprende perfectamente. Los jóvenes se sientan en el suelo, sobre el policromo pavimento de mármol, todos, menos una muchacha cuyo mirar es alegre, aunque de turbadora intensidad.*

*Distingue una delgada figura femenina, de un tenue encarnado, de largos cabellos castaño-oro, con un vestido formado por dos piezas, azul y rosa. Y escucha su voz, la voz de Hipatia de Alejandría, se convierte en testigo de lo que una mujer en un tiempo remoto está contando sobre la música, sobre los sonidos y su transmisión, y sobre las más avanzadas teorías de los cuánticos acústicos. Y sobre el no sonido, sobre cómo llevar al paroxismo, a través de la exploración de todas las posibles vibraciones de un instrumento musical, nuestras percepciones, nuestro cuerpo. El artista como parte del instrumento, que se utiliza a sí mismo y utiliza los sonidos, los colores, las formas, los aromas y el movimiento en una sola creación, con música, pintura, escultura, teatro, componentes no discernibles de un arte nuevo, total.*

*La voz se apaga, el silencio es absoluto, sólido como los mármoles de la ingente construcción que asedian al hombre y a los jóvenes. El silencio es Hipatia.*

**II: 25 de enero del 415 d.C.**— Delante del Centro de Estudios hay cientos de personas que esperan para escuchar a Hipatia: se trata de una costumbre arraigada ya desde hace años. Buena parte de los congregados la constituyen simpatizantes del movimiento helenista, pero también se cuentan entre la misma bastantes cristianos. El poeta Pallada entretiene a la multitud, mientras Hipatia está ultimando una conferencia de astronomía. La joven filósofa, junto a Shalim, acaba de regresar de Antioquía, donde ha presidido una serie ponencias sobre la misma materia, en las que ha aprovechado la ocasión para relanzar el movimiento cultural del helenismo... un sueño que ella continúa alimentando.

Al final de su discurso, Pallada declama una poesía compuesta por él en honor de Hipatia, que ya anda en boca de todos los helénicos de Alejandría. La gente, a coro, canta el último verso: *Hipatia sagrada, astro incontaminado de la sabiduría.*

Se agregan a la muchedumbre los estudiosos aún vinculados al Centro de Estudios: Esiquio, Herculiano, Valeria y Nicandro. David y Samuel fueron expulsados una semana antes – con toda la comunidad judía – por el obispo Cirilo.

Aparece Hipatia, que viste su indefectible manto negro. Saluda al prefecto imperial Orestes, recién llegado, y se une a la multitud, recordando a Sinesio en el segundo aniversario de su muerte: narra las vivencias de su discípulo que, aún habiendo aceptado el cargo de obispo, luchó siempre para que nadie pudiera poner freno a su libertad de pensamiento.

Pero, precedido por un centenar de monjes-parabolanos, llega Cirilo, que asiste al discurso de la filósofa. Ésta invita a sus oyentes a defender el bien máspreciado que les ha regalado la Madre Naturaleza: la Razón. El obispo-patriarca logra entrevistarse con Hipatia en el Aula Magna del Centro de Estudios, escoltado por los monjes-parabolanos y por el jefe de éstos, Pedro el Lector, un gigante de enormes manos y dedos con larguísimas uñas arqueadas. También está presente el prefecto Orestes, quien sugiere al obispo que haga regresar a los conventos de Nitria a aquellos monjes que están metiendo a fuego y a sangre la ciudad. Cirilo replica que en Alejandría la situación se está haciendo insostenible sólo por culpa de Hipatia, que no es una filósofa... sino una mujer que quiere el poder, que instiga a la gente a rebelarse contra las dos únicas

autoridades constituidas: el prefecto imperial y el obispo-patriarca. Si Hipatia acepta convertirse al cristianismo, marcharse de Alejandría y entrar en un convento de Cartago, esforzándose por transformar su naturaleza de mujer inferior y corrupta... su ejército de monjes-parabolanos regresará al desierto de Nitria. Hipatia se niega, afirmando que desde hace siete siglos en Alejandría se está librando una batalla que puede decidir el futuro del género humano, que ella ha renunciado a ser esposa, amante, madre, a tener una familia... para consagrarse a su canon de verdad, su libertad de pensamiento: no traicionará a quienes confían en ella.

Cirilo, Pedro el Lector y los monjes-parabolanos abandonan el Centro de Estudios.

El prefecto refiere a Hipatia que, mientras ella estaba en Antioquía, los acontecimientos en Alejandría se han precipitado. Cirilo ha ordenado arrasar las sinagogas, ha hecho ajusticiar a todos los judíos que se negaban a abandonar la ciudad y ha expulsado a toda la comunidad judía... con Samuel y David a la cabeza.

Shalim acompaña con su caballo al prefecto imperial y al pequeño grupo de curiales. Inesperadamente el prefecto es asaltado por una banda de monjes-paranolanos, capitaneados por Ammonio, que hiere a Orestes en la cabeza. Shalim se apresura a pedir ayuda, algunas de las personas que todavía permanecen ante la casa de Hipatia saltan sobre sus caballos y acuden. El prefecto yace en un charco de sangre, Shalim logra cargarlo sobre su caballo. Consiguen poner en fuga a los asaltantes y capturar a Ammonio. Cuando llegan al Centro de Estudios, Hipatia socorre al prefecto, que vuelve en sí y delante de la gente quiere procesar a quien ha intentado asesinarlo. Ammonio logra arrebatarse la espada a uno de los soldados romanos que lo tienen apresado y se lanza sobre Hipatia. Está a punto de matarla cuando Shalim extrae su cuchillo y – tras una violenta pelea, en la que resulta herido – acaba con él.

**III: lunes 8 de marzo del 415 d. C.** – Hipatia y Shalim, una vez más, intentan penetrar en los subterráneos del lugar en el que, tiempo atrás, se erigía el Serapeo... pero los monjes-parabolanos han descubierto los túneles y están quemando los textos escondidos en los nichos. Hipatia corre a ver al prefecto con la esperanza de que aquél pueda hacer algo para impedirlo. Shalim se detiene a escuchar al obispo Cirilo que – delante de la catedral cristiana del *Caesareum* – exhorta a sus fieles a liberarse de Hipatia porque ahora ya constituye un peligro para el mundo entero; ella es la causante del odio que el prefecto siente por el obispo; es

ella el último obstáculo al triunfo de la cruz: Hipatia lleva a cabo curaciones a través de la música, está consagrada a la magia, a los astrolabios, a la música... ¡una mujer!

Shalim se reúne con su maestra en el palacio del prefecto: Orestes le está contando cómo el obispo ha tergiversado los acontecimientos relativos al episodio de Ammonio, cambiándole el nombre y presentándolo como un santo. El prefecto suplica a Hipatia que abandone la ciudad, él no puede hacer nada para controlar a los monjes-parabolanos ni para impedir el incendio de los subterráneos: son hombres y lugares que escapan a su jurisdicción. El imperio protege a la Iglesia, protege a Cirilo, Hipatia tiene que huir.

La joven filósofa promete que durante la noche tomará una una decisión. Antes de regresar a la vía del Sol, Hipatia pide a Shalim que la acompañe junto a las ruinas del templo de Poseidón: interpretan *La constelación de la música*. En una atmósfera melancólica, pregunta a Shalim si estaría dispuesto a seguirla a otro país: al día siguiente dejarán Alejandría.

Sin embargo, mientras vuelven a casa, son asaltados por las hordas de monjes-parabolanos bajo el mando de Pedro el Lector: Shalim lucha hasta la extenuación, mata a algunos de los monjes con el puñal y la espada... pero todo es inútil frente a cientos de bestias feroces. Hipatia y Shalim son amordazados e inmovilizados, los arrastran hasta el *Caesareum*. Pedro el Lector grita a Shalim que lo dejará con vida para que pueda contar a toda la comunidad helénica el espectáculo al que va a asistir. Luego, desgarrar las vestiduras de Hipatia, con las uñas le arranca los ojos, lanzándolos sobre el altar, después la abandona a los monjes, que van desgajándole jirones con conchas afiladísimas, pero la pobre criatura continúa con vida. Pedro el Lector le arranca el corazón y lo arroja junto a los globos inertes, acaban de despedazarla, introducen sus despojos en dos sacos de yute, suben a los carros, llevan con ellos también a Shalim, que está enloqueciendo por la atrocidad que le obligan a presenciar, empiezan a recorrer la ciudad vociferando, pasan por la vía del Sol, frente al Centro de Estudios que es pasto de las llamas, antorchas encendidas, gritos de victoria, corren al *Cinaron*, tiran los restos de Hipatia entre la basura que arde, Pedro el Lector eleva al cielo sus uñas ensangrentadas y triunfantes.

***Noveno sueño: «pero yo sigo en camino»***

*Hipatia ha muerto y su discípulo Shalim está solo frente al Caesareum, con las ropas desgarradas y sujetando en la mano una corta espada manchada de sangre de*

*sus enemigos. Ha presenciado impotente el asesinato de su maestra, las puertas de la vida se cierran a sus espaldas y él se lanza a recorrer tierras y océanos en busca de su amor perdido. Quizás un día la volverá a encontrar, su mirada velada por los largos cabellos, la blanca y grácil figura. Le dirá: detente y háblame del cielo y de las estrellas, haz que el polvo se eleve hacia lo alto, que mi corazón vuelva a latir. La espera de Shalim es infinita, pero él sigue en camino.*

**extractos** (pag. 15-27 / 261-277)

***I: Alejandría, 1 de julio del 391 d.C.***

“¿Quieres decir que no tenéis papiro para venderme?”

Hermosa como el sol, Hipatia se ha quedado estupefacta.

Vuelvo a pasar el rodillo, sin presionarlo como debiera, suspendido en su mirada... mezcla de sorpresa y desencanto.

Mi padre, Isidoro, sacude ligeramente la cabeza. Sus ojos penetrantes parecen dulcificarse: “La cuestión, mi señora, es mucho más seria. La sequía de estos últimos años ha destruido prácticamente la planta. Y las escasas reservas de hojas de papiro se han agotado”.

“Entonces, no tengo más remedio que dirigirme al otro proveedor.”

“Hace casi un año que cerró las puertas... y, de todos modos, estaba especializado en cordeles, esteras y velas. Nosotros hemos conseguido trabajar hasta ahora gracias a las provisiones con las que contábamos. Lo siento. Si tu padre me lo hubiera pedido en su momento, habría reservado para vosotros lo poco que hemos producido últimamente.” Y con una expresión perennemente seria y circunspecta, esboza una sonrisa de comprensión.

Hipatia permanece como fulminada, un tímido rubor enciende sus mejillas: “De los suministros se ha ocupado siempre Teón. Pero ésta... ésta es una emergencia...” Mira fijamente a mi padre: “Dime qué puedo hacer”.

“Aquí, en Egipto, por el momento no encontraréis ni una sola hoja de *Augusta*. Si necesitáis aprovisionaros, podéis probar en Siracusa: es la única posibilidad que os queda. Han aprendido bastante bien y el folio es de mediana calidad.”

“¿En Trinacria...?”

“Exactamente, mi señora.”

“Hará falta tiempo...” Y roza, con una mano, la mesa de trabajo de mi padre. Después se sienta en una banqueta de madera de olivo.

“¿Cuántos rollos necesitáis?”

“Como mínimo cien mil”. La voz trémula que no consigue ocultar retazos de ansiedad.

“¡Por todas las constelaciones! ¿Queréis abrir otra biblioteca?”

“¿Cuánto tiempo haría falta?” Los ojos que quieren dejar escapar un atisbo de esperanza.

“Para una cantidad así... por lo menos doce meses.” Mi padre deposita la pequeña maza con la que estaba machacando pétalos de ginesta secos.

“Isidoro... ¿a quién has vendido las provisiones que teníais? Te lo ruego.”

“No es un secreto: al patriarca”.

Hipatia levanta la cabeza airada, los ojos inflamados: “¿A Teófilo? ¿Y para qué lo quiere? ¿Y cuántos rollos ha comprado?”

“Cincuenta mil: todo lo que teníamos.” Mi padre dirige la mirada hacia mí. “Mi hijo Shalim pretendía conservar un centenar, pero el patriarca ha querido incluso aquéllos”.

La joven diosa vuelve la cabeza, me observa con estupor. “¿Para que los querías, Shalim?” Y, como por arte de magia, desaparece todo indicio de desilusión o de amargura... y el hermoso semblante se ilumina con una luz nueva.

Y estas islas de luz han aflorado gracias a mí. Tengo miedo, empiezo a temblar... pero siento la mirada severa de mi padre sobre mí. Me agarro a los mangos del rodillo. “Diseño canales de regadío y molinos”.

“Y constelaciones, y estrellas, y cielo”. El tono de mi padre es grave, sin la más mínima inflexión de sarcasmo o benevolencia.

Hipatia abandona mis ojos y gira la cabeza hacia él: “Isidoro, ¿por qué no he visto nunca a este muchacho en nuestro Centro de Estudios?”

Es una voz distinta, desconocida, no parece pertenecer al ángel que está a unos pocos pasos de mí: es una voz firme, como nunca he oído en una mujer.

Mi padre aguza la vista, deja de machacar las flores de ginesta, suelta la maza de mármol, sopesa las palabras. Después se decide a responder: “Mi joven señora, Teón es un hombre de ciencia, ha nacido y ha vivido en la Biblioteca y ha escogido la mejor opción encauzándote hacia su mismo trabajo. Y tú lo has seguido fielmente. Eso es exactamente lo que estoy haciendo yo con Shalim.”

“No es así, Isidoro. Sabes muy bien que yo tengo dos hermanos mayores y que mi padre también quiso orientarlos al estudio, como a mí. Sin embargo no era aquella su vocación. Y él les permitió que siguieran sus propias inclinaciones: Atanasio es comerciante. Epifanio es atleta y corre de una parte a otra del imperio, participando en competiciones y preparándose para las Olimpiadas.”

“Incluso así debo discrepar. Tus hermanos han podido escoger: la vuestra es una familia que siempre ha gozado de subvenciones por parte del imperio, permitiéndolos desarrollar vuestra actividad. Yo no sé hacer

otra cosa que trabajar el papiro y preparar tintas y colores: he montado este pequeño negocio y no puedo prescindir de Shalim porque es un muchacho despierto, serio, de confianza. Hemos alcanzado un nivel elevado, nuestro folio es de excelente calidad. Esta sequía, en cualquier caso, tendrá que pasar, volveremos a contratar trabajadores. Y Shalim un día dirigirá la empresa”. Mi padre ha hablado con calma, sin dejarse impresionar por el tono inflexible de Hipatia.

No obstante, ella no parece dispuesta a ceder: “También tú tienes otras dos hijas, Isidoro”.

“Son mujeres. Éste no es un trabajo para ellas.”

“También se ha dicho siempre que el estudio de la astronomía y de la matemática corresponde a los hombres. Sin embargo, ahora mi padre dice que un día yo lo superaré a él mismo.” Extremadamente seria, no da muestras de rendirse. “Discúlpame, Isidoro, acabas de decir que durante algún tiempo tendréis poco o ningún trabajo. ¿Por qué no nos mandas a Shalim?” Y dirigiéndose a mí... a mí, que todo esto me parece un sueño: “Siempre que Shalim lo desee, naturalmente.”

Mi padre me mira de reojo... entonces, por primera vez lo veo sonreír y siento que su sonrisa hurga en mi expresión espantada. “Él lo desea, mi señora. Me lo ha pedido en un sinfín de ocasiones. Tiene diecinueve años y ya pretende saber lo que quiere y lo que no quiere hacer. Pero, en honor a la verdad, he de decir que renuncia a todo con tal de dedicarse – en su escaso tiempo libre – a consumir rollos y rollos de papiro... que os podrían haber sido más útiles a vosotros, mi señora.”

Aprieto con todas mis fuerzas el rodillo, aturdido.

Es mi padre el que continúa, ahora serio. “Shalim, si la señora lo permite, ¿por qué no las acompañas a tu habitación-laboratorio y le muestras lo que haces? Así podremos averiguar, de una vez por todas, si los tuyos son simples garabatos o no tanto.”

Mientras Hipatia se levanta del taburete, yo sólo consigo balbucear: “Por favor, señora, ven... no por los garabatos, sino porque podrían ser útiles las hojas de papiro. Ya he descubierto un procedimiento para borrar... Te lo ruego...”

Y bajo la mirada finalmente complaciente de mi padre, me desprendo del rodillo y comienzo a caminar, con las piernas temblorosas, precediendo a Hipatia.

La luminosidad de este primero de julio parece derramarse de un sol que se estremece cuando salimos del laboratorio. No consigo controlar la emoción. Tengo un nudo en la garganta: Atenea, ayúdame tú... Está

claro, tan claro como este sol que todo lo ilumina y me embelesa, que hoy es el día más importante de toda mi vida... y que no puedo dejar que se me escape de las manos por culpa de esta estúpida emoción... Atenea, este encuentro no es casual, por eso tienes que ayudarme, debo ser capaz de hablar, de decir todo lo que quisiera: no puedo dejar que me ofusque la increíble hermosura de esta diosa... debo dialogar con la luz de sus ojos, una luz pura, cristalina, que no te abandona jamás mientras te observa atentamente...

Recorremos en silencio una pequeña parte del patio soleado... también la Amazona de púrpura rojo sigue al héroe que la ha raptado... Cuando abro la puerta de mi habitación me pongo a un lado. Embriagado por su perfume misterioso, la invito a entrar. Rezumando sol, intenta sujetarse la melena castaño-oro detrás de la nuca. Observa las paredes tapizadas con mis papiros. Permanece así, mientras los bucles rebeldes se le escurren entre los dedos. Se muerde los labios rosa, los ojos azules completamente abiertos.

“Shalim... ¿has hecho tú estos dibujos? ¿Y estos cálculos?” Y se aproxima escudriñándolos, mientras, desde la puerta, la luz inunda mi habitación.

“Sí, mi señora.” Voy superando mi excitación febril.

Sus manos abandonan los cabellos, una parte de la melena le cae sobre los hombros, avanza lentamente, continúa observando, se detiene ante mí, con la incredulidad dibujada en los ojos: “¿Quién te ha enseñado estos cálculos? ¿Mi padre, Teón, cuando venía aquí?”

“No, mi señora, Isidoro no lo habría permitido jamás. Ha sido Zeev, un anciano judío que nos compraba algunas hojas de papiro. Vive a pocos pasos de la sinagoga. Cuando le llevaba los rollos, me detenía en su casa y él me explicaba algo de los *Elementos* de Euclides, y un poco sobre la configuración del cielo. ¡Si queréis, puedo acompañaros a visitarlo para ver si ha conservado algún rollo intacto!”

“Buena idea, Shalim... pero no me sigas llamando señora. ¡Sólo tengo veintiún años! Más bien, dime: ¿tú entiendes lo que has escrito en estos papiros?”

Debe ser tan transparente mi contrariedad que Hipatia me pide disculpas. Después mira fijamente la pared situada a mis espaldas.

“Osa Mayor y Casiopea. Perfectamente dibujadas. Pero si parecen obras de arte, bellísimas. ¿Dónde has encontrado estos colores, Shalim?”

“Los preparo yo” y le señalo los morteros de mármol que hay encima de la mesa, bajo la ventana. Nos acercamos. Hipatia observa con atención mientras yo le explico cómo obtengo las partículas de color del

oro, del lapislázuli, del cinabrio. Y luego le hablo de los colores transparentes que extraigo de plantas y flores y que en el mortero transformo en líquidos viscosos.

Hunde un dedo en el finísimo polvo de lapislázuli, me habla del color del cielo. Yo me recreo en la contemplación de sus indómitas falanges, que liberan energía en comunión con sus ojos.

Hipatia continúa admirando mis dibujos. Le pregunto si quiere ver el resto. Tarda en separarse de los rollos, me sigue... mientras voy recorriendo a tientas este cielo... Al fondo de la habitación – en una estantería con varios compartimentos – están colocados unos cuantos centenares de rollos. Ella se pone a sacar algunos, a desenrollarlos, unas veces dando una rápida ojeada, otras, deteniéndose.

“¿Por qué todos estos dibujos de canales, Shalim? Son canalizaciones de agua, ¿no es cierto?”

“Pronto Alejandría dejará de tener agua dulce: la capacidad del canal Canópico se ha reducido ya a la mitad respecto a la del año pasado.”

Sonríe con un gesto suplicante: “¡También para cultivar un poco de papiro... espero! ¿Y de dónde piensas sacar el agua?”

“Del propio Nilo” y extraigo un rollo de debajo de la mesa, lo abro, a grandes líneas le muestro el trazado.

“¡Pero es una obra gigantesca! El emperador no nos dará jamás el dinero. Hace siete siglos habría sido otra cosa, los Tolomeos eran ilustrados... mientras Teodosio...” y se muerde el rosa de los labios, una sombra velándole la sonrisa en los ojos.

“¡Pero la obra ya existe y la ha construido la madre naturaleza! Se trata de venas que sólo hay que reconducir al canal Canópico... ¡tal vez identificando y ensanchando un poco las bocas del Nilo!”

“Nunca había oído hablar de ellas: ¿quién te lo ha enseñado?”

“Creo haberlo descubierto... gracias a mi pasión por la pesca...” Me esfuerzo, intento a toda costa ir al fondo de la cuestión, sé que tengo que vérmelas con una mente fuera de lo común. Hipatia continúa seria, incluso cuando sonrío... pero esta increíble belleza lo está echando todo a perder... y sin embargo quiero leer en sus ojos lo que piensa de mí, de mis proyectos.

Comienzo a hablarle del extraño pez con las agallas plateadas que descubrí en un estanque junto al lago, al que perseguí y pesqué hace algunos meses. Mi padre no había visto nunca uno igual. Fui al puerto, se lo enseñé a un pescador y me dijo que era un pez que sólo vivía en el Nilo. Así, me propuse pescar otros... y en un mes conseguí atrapar tres. Los había llevado a casa en un pequeño odre, había logrado pintarles la

cola con un polvo fosforescente e indeleble, había cabalgado durante dos días para llegar hasta el Nilo, donde los había liberado, cada uno a treinta estadios de distancia de los otros. Luego había regresado a casa y todas las tardes había acudido al estanque. Había observado, había nadado... Una tarde, cuando ya había perdido todas las esperanzas, empezó a brillar una luz: yo había preparado una carnada fantástica: las lombricillas que los peces suelen devorar con avidez. Conseguí atraparlo con facilidad y era uno de aquellos tres, con la cola pintada de polvo fosforescente. Lo dejé en libertad, devolviéndolo al estanque.

“¡Eso es, Shalim: la acción que sigue al pensamiento, la experiencia práctica que sigue a la idea! Eso es hacer funcionar la mente.” Me contempla con un guiño complaciente en los ojos. “Ven a la Biblioteca, Shalim. Es allí donde está tu sitio”.

Es cinco o seis dedos más baja que yo, se la adivina liviana bajo la túnica blanca... y sin embargo, cuando extiende las manos y me oprime con dulzura los brazos, se me antoja el Faro... ¡que mide casi un estadio! Un Faro rebosante de sol, de frescura, de impetuosidad...

“Escucha, Shalim, hablaré a mi padre de este proyecto, lo presentaremos al prefecto imperial... pero en su debido momento. Ahora existe un peligro mayor que la propia sequía. Y es inminente. Teón y yo necesitamos a personas de confianza. Mañana te esperamos en el Serapeo. Yo me encargo de hablar con tu padre.”

Sus dedos atormentan el cinturón de la túnica blanca. “No menciones a nadie lo del peligro inminente. Si alguien te preguntara por el motivo que te hace acudir al Serapeo y a la Biblioteca... habla de los canales que estás proyectando y de la sequía. Incluso a tu padre. Shalim, tu corazón es puro, sé que puedo contar contigo. Y también conozco el significado de tu nombre. Era el de un dios fenicio, ¿no es así?”

Reúno las fuerzas necesarias para responderle, intentando dominar mi turbación: “*El que da seguridad...* ése es el significado de Shalim.”

“Desgraciadamente tenemos que prepararnos para lo peor y estar dispuestos a afrontar grandes cambios.” Debe notar muestras de perplejidad en mi rostro. “¿Recuerdas el decreto imperial *Nemo se hostis polluat* del pasado veinticuatro de febrero? Prácticamente prohíbe el culto pagano y el judío. La caza a los no-cristianos ha comenzado.”

“¡Pero nosotros, los egipcios, disfrutamos de un privilegio especial!”

“Ya no, Shalim. Precisamente esta mañana ha venido a visitarnos – oficiosamente – un curial del prefecto imperial, para avisarnos de que hace dos semanas, el dieciséis de junio, el emperador Teodosio ha dictado otro decreto, retirándonos todos los privilegios.”

“Pero se trata solamente de la prohibición de rezar en nuestros... en los templos...”

“Tal vez nosotros podamos aceptarlo, pero no mi padre, ni el tuyo, Shalim, ni tu amigo, el judío Zeev. Además, está la Biblioteca...”

“¡No lo había pensado! Está situada en el Serapeo... en el templo de Serapis... ¡Por todas las estrellas del cielo, podría correr peligro! Logro reponerme de la sorpresa: “Haré honor al nombre que me dio mi padre. Hipatia, podéis contar conmigo.”

“Lo he leído en tus ojos, Shalim, y también en los colores que has empleado para pintar el cielo. Muéstrame ahora el compuesto para borrar lo escrito en el papiro.”

Me sumerjo en la descripción del polvo que he inventado, le enseño cómo funciona, domino mi ansiedad... Por fin, me atrevo a confesarle que, de niño, mi padre me había bautizado.

Momentos después, Isidoro pretende ayudarla a montar en el caballo, pero ella casi lo fulmina con la mirada: ágil como una gacela, vuela sobre el lomo desnudo del espléndido corcel negro.

“Shalim, ven temprano mañana. Trae todos los proyectos de las canalizaciones y el polvo para borrar la tinta. Y tú, Isidoro, no te preocupes: probablemente tu hijo será nuestro invitado durante algunas semanas.” Contempla el sol, que ya ha descendido más allá de los tilos deshojados por la canícula estiva, y luego vuelve a mirar a mi padre, con un gesto de complicidad: “No eran garabatos.” Y, con un pie, golpea en el costado del caballo, que se estremece por las ansias de libertad.

### ***primer sueño: «sobre la aventura de la conciencia»***

*En el gran y misterioso teatro cuyas gradas ascienden, primero con suavidad, luego trepando abruptamente por el perfil de la montaña, yo, hija de Teón, Hipatia de Alejandría, estoy sola en el proscenio, de pie sobre la piedra negra, desde donde mi voz puede alcanzar hasta el último rincón del inmenso semicírculo.*

*No veo bien. Me ofuscan la vista, el más sutil y despejado de los sentidos, hebras deshilachadas de niebla, que apenas si permiten entrever las siluetas de miles de muchachas y muchachos que ocupan la orquesta y la grandiosa escalinata de piedra. ¿Cómo es posible que mi ciudad, Alejandría, en estos tristes tiempos de decadencia de las artes, de la filosofía, de los negocios, en los que los edificios públicos y teatros se arruinan, en los que se ensañan los dogmas y no se tolera la libertad de investigación, pueda acoger a estos millares de jóvenes a la espera? ¿A la espera de qué? Quizás de la belleza, y de la sabiduría.*

*Por fortuna estos jóvenes no proceden todos de mi ciudad. Sin duda vienen de otras tierras. ¿Pero, cuáles? De Roma, de Atenas, o de Cartago o de Antioquía, de Oriente, de la antigua Tebas, la de las cien puertas, de ciudades con altos palacios resplandecientes de luz y grandes multitudes en las calles, de puertos repletos de ingentes naves.*

*Amigos míos, jóvenes como yo, a buen seguro más ricos en experiencias que la pequeña Hipatia, estudiosa de aquellas artes que nos transmitieron nuestros antepasados y hombres del saber, yo quiero hablaros de lo que he visto y experimentado, del espacio generado e inmortal, de la región infinita, selva infinita, capacidad infinita de mundos innumerables similares a éste.*

*Los dioses han abandonado este mundo. Zeus, Ares, Apolo, el roble de Dodona y la roca de Delfos ya no responden.*

*Tal vez antiguamente bastaba escuchar a una imagen, a árboles o a piedras. Pero ahora nosotros que exploramos el mundo debemos saber quién es el que habla y si lo que dice ha sido aprehendido con la razón y el pensamiento.*

*¿Qué es pensar? Pensar es experimentar la multiplicidad de las sensaciones en constante relación con el universo sujeto a nuestros sentidos, investigando con libertad y procediendo con la razón, hasta llegar a la ley que ha creado el cielo y toda la tierra, a la ley que ha creado espacio y tiempo en una situación en la que no existían espacio y tiempo. No se puede hablar de un punto en el espacio, ni de un instante, con anterioridad al origen del universo, porque no existe un punto en el espacio ni un instante que no hayan tenido su origen. Esta ley es un número, una tendencia, una posibilidad, una potencialidad. Las estrellas, los planetas, el sol, la tierra, nosotros mismos, somos una posibilidad que deberá realizarse. La ley, o el dios o la idea, infinita en un mundo sin espacio, inmortal en un mundo sin tiempo, ha llevado a cabo*

*una definición, ha establecido un límite, un universo donde el tiempo es limitado en el pasado y el espacio está en expansión, ilimitado, pero no infinito.*

*Y este límite deberá hacerse infinito mediante el conocimiento: conocimiento es propuesta de vida, es propuesta de experiencia, es propuesta de lo desconocido, es producción de situaciones nuevas.*

*Los antiguos sostenían que aprendemos recordando lo que nuestra alma vio una vez, cuando andaba en pos de un dios, al mirar lo que de veras existe. El saber es reminiscencia, es rechazo del olvido. Y el que recuerda es el único que llega a ser perfecto, inspirado del dios y presa del entusiasmo, y, conociendo las leyes de la perfección, es portador de perfección en la tierra: así en el cielo como en la tierra. Las leyes no pueden ser modificadas, de manera que hay que conducirse según estas leyes. Por una parte, existe el mundo de la tierra, de las piedras, de la materia inanimada, de aquéllos que duermen un sueño profundo y a los cuales todo acontece. Por otra, una masa de hombres y mujeres que, como atletas, se miden en el estadio de la vida, ante un público pendiente tan sólo de sus propios negocios y del día a día.*

*Espectadores que no duermen, que no rivalizan, que no negocian, ajenos a las reglas del juego, son los filósofos, los perfectos, aquéllos que ven y que aspiran a ser lo que ven.*

*Nosotros afirmamos que hay algo en nuestro fuero interno, que ya era algo cuando este mundo no existía aún, el yo, que sin límites de espacio, ni de tiempo, ni de creación, vive en cada uno, fuera de cada uno, dentro de cada uno, el recuerdo de cuando caminábamos en la senda del conocimiento. Y por medio del yo, cada uno de nosotros puede volver a aquella senda, no sólo el que es perfecto, sino todos nosotros, aproximándonos a las cosas a través de los sentidos y con las armas del intelecto. Esto es lo que tenemos que hacer para que se convierta en infinito lo que nació finito, en consciente lo que es inconsciente, en certeza lo que todavía es probabilidad.*

*Es la aventura de la conciencia, es ir más allá de la ley, más allá de la posibilidad. Las leyes son para quienes no las comprenden: quienes las comprenden están destinados a violarlas. ¡Y ay de nosotros, si no fuera así! No tendríamos ninguna posibilidad de crecer.*

*Nosotros, con nuestra razón, que es expresión de una posibilidad, de una aspiración a ser, debemos observar, verificar, cuestionar un acontecimiento, y, por tanto, existir en todo momento, porque existir significa tener conciencia del instante y de la velocidad y de la posición en el espacio del propio acontecimiento. Significa que un hecho se convierte en realidad cuando acontece, es decir, cuando nosotros lo observamos y calibramos con el intelecto y lo transformamos a nivel de la conciencia. Conocer el acontecimiento en un grado profundo, devenir acontecimiento, significa conocer la naturaleza del cosmos y, por ende, conocernos a nosotros mismos.*

*Vosotros y yo, amigos míos, tenemos la responsabilidad de convertir en realidad las posibilidades de este mundo. Observemos el cosmos, atravesemos el aire, descifremos*

*el cielo, contemplemos las estrellas, traspasemos los márgenes del mundo, hagamos que se desvanezcan las fantásticas murallas de las primeras, octavas, novenas, décimas esferas, y las demás que puedan ser añadidas por vanos matemáticos o por la ceguera de filósofos vulgares.*

*¿Cómo se originó lo que vemos con nuestros sentidos e investigamos con nuestro intelecto? El origen del universo tiene lugar con la aparición imprevista de la materia, del espacio y del tiempo. No existe un “antes” en términos de materia o espacio o tiempo. Una explosión antigua, similar a la repentina erupción de un volcán extinguido durante largos años, hizo que se proyectara materia en estado elemental en un espacio que se extendía para acogerla, y en un tiempo que iniciaba su larga marcha, que hoy atraviesa nuestras vidas. La materia, calentísima, mucho más caliente que la que integra la estrella que nos ilumina, nuestro sol, comenzó a expandirse, enfriándose lentamente, condensándose, a lo largo de innumerables estaciones, en las estrellas que admiramos, aisladas o agrupadas en amplias pinceladas de luz, en el cielo nocturno. Y en las estrellas y en la miríada de estrellas que, en un número mucho mayor, no podemos contemplar, por cuanto el ojo humano no es capaz de penetrar en los profundos e inmensos espacios a los que solamente nuestro intelecto puede acceder, dado que sólo aquél, despojado de las opiniones de la mayoría, por sí mismo, todo lo ve y todo lo oye, mientras el resto de las cosas son sordas y ciegas.*

*Afirmamos que las estrellas fijas, cuerpos grandísimos y luminosísimos, grandes y relucientes como y más que el sol, no se encuentran en la misma posición unas respecto a otras en la octava esfera, como pretendían nuestros predecesores. Nosotros no vemos muchos de los movimientos de estas estrellas, que no parecen alejarse o aproximarse unas de otras, ni unas a otras, pero no porque un cuerpo no se mueva con relación al otro. Y no deben llamarse “fijas” porque mantengan la equidistancia entre ellas y nosotros, sino porque su movimiento no nos es perceptible. Todavía no podemos describir el movimiento de las estrellas, ya que no se han iniciado ni proseguido las larguísimas e indispensables observaciones, pues dicho movimiento no hay nadie que lo haya creído, ni buscado, ni supuesto.*

*Por lo demás, existen en el espacio infinitos astros más como la tierra, la luna y los planetas, cuerpos esféricos nebulosos cuyo diámetro se desdibuja fácilmente por la lejanía y que son, por lo tanto, invisibles a nuestros ojos, al contrario de los cuerpos esféricos luminosos, en los que el diámetro se mantiene constante. Existen muchas tierras similares a la nuestra, es más, tierras innumerables, no perceptibles con los sentidos, que describen sus propios círculos alrededor de su estrella, como lo hace la tierra alrededor del sol.*

*Todo astro en el espacio es atraído por los restantes astros, en virtud de un principio intrínseco a su propia naturaleza, sin que sea necesaria la contigüidad entre al menos dos cuerpos, uno que empuja y otro que es impulsado. En conclusión, bien podemos decir que el movimiento se produce naturalmente por un principio interno, sin*

*contacto alguno sensible entre estrellas o cuerpos oscuros, estos últimos llamados en los tiempos antiguos aethera, o mensajeros divinos.*

*Nosotros consideramos que los sentidos son incapaces de evaluar la grandeza y las distancias entre cuerpos celestes, ya sean opacos o luminosos, y de indagar sobre las causas primeras. Pero afirmamos, asimismo, que no podemos conocer sin experimentar. Experimentar es ver con nuestra razón, construir hipótesis y deducir consecuencias que deben ser confirmadas o rebatidas utilizando las observaciones efectuadas con nuestros sentidos, con el saber y los instrumentos de que disponemos. El poder no debe imponernos sus verdades absolutas, basadas en doctrinas que no puedan someterse a la prueba del intelecto.*

*Silencio y noche, frío y congoja. ¿Qué está sucediendo, amigos míos? La niebla se hace más espesa. Yo ya no veo vuestros jóvenes rostros, el teatro se va difuminando en las tinieblas que inundan las gradas. No os marchéis, os lo ruego, no me abandonéis a quienes me persiguen, a los enemigos de la vida. Yo debo compartir con otros mi saber, mi ciencia es vana si nadie presta oídos a mis palabras. No dejéis de venir, jóvenes amantes de las artes: que la bruma y la ignorancia no nublen mi vista, ni la vuestra, ni la belleza que nos circunda.*

*Todos se han ido, y de mí misma, de la pequeña y frágil Hipatia, no queda más que una sombra.*

### ***III: Alejandría, lunes 8 de marzo del 415 d.C.***

Es la undécima hora. En el aire se respiran los primeros alientos de la primavera. Hipatia y yo nos dirigimos a los subterráneos del Serapeo: en las dos sacas que rescatamos la última vez introdujimos un rollo en el que se citaban obras de atomistas de las que nunca habíamos oído hablar.

Mi maestra está concluyendo un trabajo sobre la luz, un estudio extraordinario que supondrá una auténtica revolución respecto a la actual concepción del mundo, y los textos que intentaremos encontrar en las galerías podrían contribuir a completar esta investigación.

Cabalga delante de mí sobre su nuevo caballo, un espléndido animal blanco. Viste el tribon... su indefectible manto negro, con los cabellos castaño-oro sobre el cuello y sobre los hombros. La sigo en mi alazán, un animal dócil... aunque dotado de increíble energía. Al final de la vía Dinócrates comienza la pendiente que conduce a la columna de Pompeyo... pero una humareda se eleva desde el monumento en medio de una gran multitud. Espoleamos los caballos, nos aproximamos... y allí donde estaba la lápida de mármol con la trampilla para acceder a los subterráneos del Templo, ha sido excavada una fosa y de la cavidad asoma una densa columna de humo acre: ¡están ardiendo papiros y códices! Entre la gente hay un nutrido grupo de monjes parabolanos que esgrimen antorchas encendidas: contemplan en silencio el humo, arrodillados, como si estuvieran rezando.

Retrocedemos. En el rostro de Hipatia renace el mismo tormento de hace tantos años: me pide a gritos que la siga, quiere ir a ver al prefecto. Atajamos por el sector occidental y alcanzamos la vía Canópica. Recorremos la vía del Soma, adentrándonos en el Bruquión, en dirección al Teatro Grande: justo enfrente de éste se encuentra el palacio del prefecto. Sin embargo, cuando pasamos por delante del *Caesareum* advertimos un gentío inusitado que se agolpa en torno a la catedral, esparciéndose hasta los obeliscos de Cleopatra. Damos un amplio rodeo para evitar a la gente, llegamos al Teatro Grande, pero cuando un curial acompaña a Hipatia ante Orestes, apenas acomodados los caballos, yo vuelvo sobre mis pasos y me mezclo con la muchedumbre que está escuchando el sermón de Cirilo: todos son hombres.

El obispo está emplazado encima del podio, en lo más alto de la escalinata, sobre un púlpito de madera. Su voz sonora es un flagelo

implacable, gesticula poquísimamente: “Hipatia representa un peligro no sólo para nosotros, cristianos, sino para toda la ciudad, para la humanidad entera. Muchos de vosotros habéis tenido ocasión de escuchar lo que va predicando: ya no pasa un solo día sin que esta impía mujer vaya por las calles, por todos los rincones de la ciudad, perorando contra mí. Con su endiablada belleza ha conseguido hechizar al prefecto imperial. Por mor de sus encantos, Orestes se ha convertido en su esclavo y la favorece en cualquier circunstancia. Esta irreverente filósofa, que a tantos ha embrujado con sus artes satánicas, está haciendo todo lo posible para desacreditarnos, a vosotros y a mí, ante el prefecto... y, por consiguiente, ante la corte de Constantinopla, siguiendo el mismo plan que Eudocia urdió y puso en práctica para desterrar a Juan Crisóstomo. Vosotros sabéis cuántas disputas hubo entre mi tío y Juan... ¡y, a pesar de todo, yo no puedo sino estar de acuerdo con muchos de los postulados del obispo de Constantinopla! Eudocia no le perdonaba su sinceridad cuando, desde el púlpito, decía que la mujer lleva el estigma de Eva y que Dios no le ha concedido el derecho a desempeñar un cargo como el mío: servir de guía espiritual. ¡Es Dios quien así lo ha querido, no vuestro obispo y patriarca Cirilo, ni Juan Crisóstomo, ni el obispo de Hipona, Agustín, ni Ambrosio! Y sin embargo ella, la mujer, en cuanto encuentra un resquicio, un punto débil, una fisura en el sistema... prueba siempre a rebelarse contra su condición, tal como la quiso Dios, ¡y aspira a ocupar puestos de autoridad! Los helénicos son muy poderosos, hijos míos, son gente importante que, como meta, se ha propuesto esclavizar a todas las criaturas: son los últimos defensores de los privilegios antiguos. ¡Rechazan el mensaje innovador de Jesucristo! Nuestro Señor predicaba fraternidad e igualdad entre todos los hombres... y estos maléficos seres luchan por mantener sus prerrogativas. A la filósofa Hipatia” y se detiene, haciendo que el eco prolongue en el aire el nombre de mi maestra, vibrando con amenazadora resonancia, “a esta impía mujer le ofrecí la posibilidad de salvarse y de no sembrar más cizaña: le pedí que se convirtiera a la cruz, que se retirara a un convento lejano. La oferta se la hice en presencia del prefecto imperial. Pero esta criatura del demonio la rechazó, mofándose de mí. Es ella quien alimenta el odio del prefecto hacia mí... hacia vuestro patriarca y pastor, y, por ende, hacia vosotros, que sois mis fieles ovejas. ¡Es ella quien ordenó al prefecto escupir sobre el libro de los Evangelios, que yo le estaba tendiendo para inducirlo al respeto hacia nosotros, cristianos! Es ella la causa de los informes que Orestes presenta a la corte de Constantinopla... informes en los que nosotros, los seguidores de la única religión verdadera, aparecemos

representados como demonios. Nosotros, cristianos, somos ahora mayoritarios en Alejandría, mientras los paganos son una minoría. En cambio, como vengo diciendo, son poderosos... porque en sus filas militan criaturas demoníacas como esta mujer, que, bajo la apariencia de la hermosura y del pecado, pretenden obstaculizar el camino de la verdad revelada y de la salvación eterna. Y, entretanto, - a través de su sumiso prefecto imperial - ha logrado obtener de Constantinopla una ley de privilegios e inmunidades, ¡Y mucho dinero para ella y para todos los intelectuales de Egipto! ¡Matemáticos, geómetras, astrónomos, rétores, juristas, médicos, científicos, filósofos! ¡Todos paganos! ¡Todos, gente que ha vivido siempre de las prebendas sin trabajar jamás, desde hace siglos! Son una casta privilegiada, exigua pero pudiente: ¡y quien gobierna a este grupo de helénicos es ella, la hija de Teón! Y está poniéndose en contacto con los privilegiados de Atenas, de Éfeso, de Constantinopla, de Antioquía... creando el movimiento de los helenistas... ¡Conviene que sepáis que Hipatia practica curaciones por medio de la música! Va anunciando que enseñará a la gente nada menos que a vencer a la muerte...” y acentúa el tono amenazante “...¡y no se refiere a la muerte del alma, a la posibilidad de evitar que perezca nuestro espíritu... sino a la muerte del cuerpo, de nuestro triste y efímero cuerpo! Esta endiablada criatura, consagrada por entero a la magia, a los astrolabios y a la música, promete cosas imposibles con el solo propósito de apartaros de Jesucristo y de la salvación última. Este lobo hambriento se desliza día tras día entre nuestra grey... para sembrar la ponzoña en vuestros corazones, en vuestras familias, en vuestros hijos. Yo soy vuestro pastor y tengo la obligación de proclamar: ¡basta! Ha llegado la hora de emular en su arte a un hábil médico que, en lugar de curar de un modo cruento enfermedades y heridas apenas se manifiestan en el cuerpo humano, inmediatamente, a fuego y a sangre,... intenta primero mitigar el mal con un remedio más suave, aplazando una más drástica intervención hasta el momento oportuno. La causa de todos los males y de todas las desgracias que afligen a esta ciudad, la causa de los peligros a que nos vemos abocados... o, lo que es igual, de haber sido abandonados por el Reino Divino y por la corte de Constantinopla, pues bien, la causa sólo tiene un nombre: ¡Hipatia! ¡Una mujer!” y apunta con un dedo acusador en dirección a la vía del Sol, haciendo rechinar los dientes.

Mientras Cirilo continúa provocando a una multitud enardecida, yo me retiro lentamente y luego echo a correr. Llego hasta el palacio del prefecto, me vuelvo para mirar hacia el Teatro: desde esta posición consigo vislumbrar una porción de la cúpula del *Caesareum*... Estoy

jadeando, el corazón me late con fuerza y me invade la misma sensación de zozobra de aquel día... de aquella puesta de sol, bermeja como la sangre, en la que la cúpula quedó completamente recubierta de cuervos negros... la premonición de Olimpio... un cielo inflamado de sangre... la sangre que llovía desde el cielo...

Pido al curial que me anuncie y corro ante el prefecto: Orestes luce aún una profunda cicatriz en la sien, tiene las facciones hundidas, oscuras. Me saluda, me invita a sentarme junto a él, mientras Hipatia me pregunta el porqué de mi sobresalto.

“Cirilo esta instigando a la gente contra ti. Te achaca todos los males de esta ciudad. Él no logra reconciliarse con Orestes por culpa tuya. Tú estás sembrando la cizaña entre la grey cristiana...” y sacudo la cabeza, preocupado ante su sonrisa indulgente, “...Hipatia, por favor, no pongas esa cara: ¡esto no es un juego! ¡Mientras venía, el obispo continuaba, incitando a sus ovejas a no dejarse devorar por esta hija del demonio! Tienes que huir, tienes que marcharte de Alejandría...” y me giro hacia Orestes: “¡díselo! ¡díselo tú, amigo mío! ¡dile que esto no es una broma...!”

“Estaba hablando precisamente de eso, Shalim... le estaba recordando a Hipatia que cuando sufrí aquel ataque, envié otra comunicación a Constantinopla para que Pulqueria estuviera informada de lo que estaba ocurriendo aquí, para que se hiciera algo. Cirilo hizo lo mismo, ¡dando una versión de los hechos completamente falsa! Sabéis perfectamente que aquel hijo del mal mandó recoger el cuerpo de Ammonio, cambió su nombre por el de *Thaumasios*, hizo que lo depositaran en una iglesia y ordenó al pueblo que fuera considerado como mártir. ¡Tendríais que haber escuchado la homilía que pronunció! ¡Elogió el noble ánimo del difunto, que había preferido morir asesinado antes que renegar de la fe en Cristo!” y mueve la cabeza, con los ojos colmados de angustia. “Menos mal que aquella tarde, antes de que Shalim me salvara, entre la multitud había bastantes cristianos, que corrieron la voz y rogaron a Cirilo que se reconciliara conmigo”.

Lo miro fijamente, con estupor: “Orestes, ¿y por qué no lo hiciste, por amor de Dios?”

Se muerde los labios, con el desasosiego pintado en el rostro y en los ojos: “¡No podía! ¡Soy un pésimo prefecto, un mal funcionario del imperio, Shalim... pero tengo un corazón, una ética, una moral! No he podido, no soy capaz de fingir hasta ese punto...”

Hipatia intenta calmar los ánimos: “Has sido fiel a tus principios, a tu canon de verdad. Y era irrelevante que te reconciliaras o no con Cirilo:

en Constantinopla, de todos modos, han creído la versión del obispo. ¡Pulqueria confía en Cirilo... no en ti! Pulqueria está en manos de Cirilo y Agustín: tú no puedes hacer nada...” Y se pone en pie, se acerca a nosotros, nos coloca una mano sobre el hombro a cada uno, y el contacto de sus dedos me transmite una sensación de paz. “Orestes, Shalim... no malgastéis tantas energías en esta lucha, en la que ya ninguno de nosotros tres puede hacer nada. Hoy mi corazón está triste porque también he perdido a David y a Samuel... y porque ha ardido el último refugio del saber...” y sus trémulas falanges me atormentan el hombro.

“¡Lo siento, Hipatia, no puedo adoptar ninguna medida! Obispos, sacerdotes, todo lo que hay encima y debajo de las iglesias... es de su competencia y de su propiedad. Si cometen un delito yo no puedo hacer nada: ¡nuestros magistrados no tienen autoridad para procesarlos! De nada sirve la presencia de las tropas imperiales estacionadas aquí, en Alejandría,... ¡que ahora se ocupan casi exclusivamente de montar la guardia ante las iglesias de Cirilo! Desgraciadamente lo que queda del Serapeo ha sido convertido en una iglesia... ¡y los subterráneos son propiedad de Cirilo!” Orestes está abatido. “Pero la preocupación de Shalim la comparto plenamente: he acudido al *Caesareum* varias veces en estas dos últimas semanas y Cirilo estaba siempre predisponiendo a la gente contra ti... porque eres la causante de todas las revueltas y de todos los crímenes. Ayer intenté interrumpirlo, decir que no era verdad, que yo estaba allí para demostrar lo contrario. Casi estaba dispuesto a reconciliarme con él... pero los monjes vociferaban, se produjo un gran revuelo, Cirilo comenzó a vilipendiarme, acusándome de ser tu esclavo y amante”, sus ojos tranquilos henchidos de dolor, “y centenares de monjes nos arrastraron, a mí y a los curiales de mi séquito, fuera de la catedral, mientras también la gente me insultaba. Yo ya no cuento nada en Constantinopla. Ha caído en desgracia mi amigo Antemio... ¡el prefecto del Pretorio de Oriente! En su lugar ahora se encuentra Helion, consejero de Pulqueria - convertida en Augusta -, al que sólo le preocupan los bárbaros: ¡Cirilo, la Iglesia y tu Centro de Estudios... no le importan en absoluto! ¡Te lo suplico, Hipatia, mañana por la mañana toma la primera nave que zarpe hacia el Oriente y huye, al menos por un tiempo, a un país donde aún no hayan llegado el imperio romano ni el cristianismo! ¡En este momento eres la única que puede mantener encendida la llama de la esperanza! ¡No puedes acabar involucrada en esta historia de poder! ¡Prométemelo, Hipatia, prométemelo!” y le agarra

las manos, y se las envuelve, mientras sus ojos fervientes la miran con insistencia.

“Lo consideraré, amigos míos, y esta noche tomaré una decisión” y su expresión serena hace que se desvanezca una pequeña parte de mis recelos. “Con tal de proseguir mis estudios estoy dispuesta a cualquier cosa, especialmente ahora que he conseguido iniciar un tratado sobre los átomos, sobre el vacío... y sobre la luz: es increíble lo que estoy intuyendo, es maravilloso: la luz... el estudio de la luz... la luz está compuesta de átomos, nuestro espíritu está formado por átomos... pero necesito un enorme laboratorio, mucho tiempo, muchos estudiosos como Shalim...”

“Y un ambiente mínimamente sereno, amiga mía” la interrumpe Orestes. “Yo te ayudaré en lo que pueda, Shalim estará siempre a tu lado, quizás un día las cosas cambiarán y podrás regresar a tu ciudad... pero ahora ha llegado el momento de continuar con tus investigaciones en otras tierras” y asiente con la cabeza, mientras, lúcido y vehemente, el dolor recorre sus facciones, ensombrece sus ojos.

Antes de regresar a la vía del Sol, Hipatia me pregunta si recuerdo la promesa que le he hecho... y, contra mi voluntad, le respondo que sí: en el bolsín traigo la cítara y el *aulos*. Lo que le he ocultado es que, desde hace semanas, llevo también un afiladísimo gladio. Y, a pesar del temor que me concome, la contento... Dando un rodeo inusitado a lo largo del canal occidental, franqueamos la Puerta de la Luna y, a través de la franja del Heptastadio, llegamos a la isla del Faro y a las ruinas del templo de Poseidón. Nos sentamos en los mismos escalones de hace tantos años. El mar acaba de tragarse nuevamente al sol, frente a nosotros, y el horizonte se difumina en pinceladas de viola y azul. Con un ritmo melódico, las olas resuenan sobre el islote, sobre la orilla rocosa, sembrada de vestigios del templo, de estatuas de amazonas arrodilladas, de pequeños sátiros enzarzados en dispares batallas contra gigantes.

“¿Estarías dispuesto a seguirme a otro país, Shalim?” Sus ojos permanecen clavados en el horizonte, no quiere perderse ni un solo instante de esta maravillosa visión del mar, que consume los restos de la polvareda roja.

“Creo que nunca te vas a librar de mí” y me vuelvo a contemplar su perfil. Envuelta en el manto negro, una mano le sujeta la cítara, con los dedos aferrados a las cuerdas, la otra, en torno al cuello delgado, los cabellos rizados y rebeldes que le rozan las mejillas, las pestañas, la boca entreabierta, esa especie de perlas que son sus dientes. Debe advertir mi

mirada, como ocurre cada vez con más frecuencia en los últimos tiempos. Se gira hacia mí, hermosa como el sol, la cítara de por medio. “Hipatia, me he dedicado a conciencia al estudio de la música últimamente. He leído por completo el tratado de Nicómaco de Gerasa, el pitagórico, la correlación que establece entre sonidos y relaciones numéricas...”

“No me digas que también has aprendido los veintiocho sonidos” y los ojos se le iluminan con brío.

“Lo conozco todo sobre el *proslambanomene* y sobre el *ipate ipaton*... pero es hermosa su concepción de la música cósmica de los planetas, que sucumbe en su origen ante nuestros sentidos... mientras la música terrenal no es más que una imitación de aquélla. No obstante, dice Nicómaco, en la luz de los ojos se encuentra escondida la ciencia del ritmo, de la melodía y de todo el misterio de la música...”

Hipatia enarca las cejas: “Parece que te has convertido en un auténtico experto en la materia... sin embargo, el Manual de armonía de Nicómaco lo estudié también yo, cuando era casi una niña... pero esta cuestión de la luz...”

La interrumpo, el corazón me martillea: “Era sólo una pretexto para preguntarte si te puedo besar los ojos” y me armo de valor, para no huir de su mirada.

Sopla un airecillo ligerísimo, la luz del día se desvanece en el mar. Hipatia me observa a través de los espacios entre las cuerdas de la cítara... se libera de ella, poniéndola en su regazo, me acerca su rostro, abandona sus ojos a mis labios, cierra los párpados, le beso primero un ojo... luego el otro... con la ternura de un amor que dura ya una vida entera.

“Gracias, Shalim, por haberme consagrado tu vida: ha sido muy hermoso tenerte al lado... y perdóname por no haber sido tuya como querías tú y la naturaleza...” Está emocionada, como yo. En sus ojos brillan, húmedas, reminiscencias doradas de la puesta de sol.

Es ella quien levanta un poco la cara y me ofrece los labios temblorosos: los rozo con los míos, nos besamos con una dulzura que no tiene nada que ver con el huracán de hace tantos años.

“Tú has sido el único compañero de mi vida, Shalim...” Los ojos húmedos, entrecerrados, se entregan al oro del ocaso.

Le acaricio una mejilla tejida de cálida seda: “Podía no haber nacido nunca... matemáticamente, era una posibilidad, ¿no? Y, por el contrario, he conocido la vida, el Nilo, las pirámides, la Biblioteca de Alejandría, el Faro: en vez de permanecer aprisionado en las tinieblas

o en la nada... he conocido el sol, el mar, el viento... y he vivido a tu lado, Hipatia...” e intento arroparle la melena rebelde.

Cuando iniciamos *La constelación de la música* el sol ya se ha puesto completamente, pero la voz de Hipatia es melodía que parece venir de otro mundo... son fragmentos de energía y de pureza que se insinúan en lo más recóndito de mi corazón.

Sobre Alejandría ha caído la tarde. En el aire reverberan ecos de paz, como no los sentía desde hace años. Hipatia y yo hemos pasado bajo la Puerta de la Luna. Después, hemos evitado atravesar la confluencia entre la vía Canópica y la vía del Soma, recorriendo callejuelas secundarias para regresar a la vía del Sol, cabalgando a lo largo del puerto Grande y acortando por los obeliscos de Cleopatra.

El silencio vibrante de paz y de olor a primavera... de repente parece desgarrarse entre bramidos salvajes: de las sombras emerge una marea de monjes parabolanos que, en un instante, acorralan a nuestros caballos, ni siquiera nos da tiempo a espolearlos, todo sucede tan rápido que Hipatia y yo nos encontramos tendidos en el suelo... y, sin embargo, logro extraer el gladio y el puñal, grito como un endemoniado, consigo atravesar el pecho de dos, tres, cuatro de aquellos malditos, me arrojan cuerdas alrededor del cuerpo, hiero, lucho con todas mis fuerzas, pido ayuda, me quieren amordazar, grito el nombre de Hipatia, oigo un alarido suyo, implorándome que huya... más monjes, combato con desesperación, me golpean encarnizadamente, hiero y mato aún a otros, mientras el enjambre infernal sigue aumentando, incluso con gente vulgar, apuñalo a unos cuantos... pero continúan apaleándome, logran arrancarme la espada, la sangre me brota de la cabeza, de la boca, son centenares, me arrebatan el puñal, me amordazan, también a Hipatia le han tapado la boca, aún intento gritar, me golpean la cabeza, empiezan a arrastrarnos hacia el *Caesareum*, nos llevan al interior de la catedral, en total deben ser unos quinientos...

Quien está al mando de este ejército de hombres con hábito es Pedro el Lector, el gigante de gélidos ojos claros y fauces rojas... diácono-escolta de Cirilo. La iglesia está iluminada por cientos de lámparas de tres brazos y por las antorchas encendidas de los monjes. Nos conducen ante el altar situado en el centro de la catedral: un altar de mármol blanco sobre el que se esparcen pétalos de lirio. Hipatia está a pocos pasos de mí, le han arrebatado el manto que la cubría, el corazón me estalla, sus ojos inocentes me buscan... Pedro el Lector empuña una enorme concha afiladísima, que le entrega una sombra inquieta a sus espaldas,

rasga la túnica blanca de mi maestra: en un momento la despoja de sus vestiduras... dejándola desnuda... Hipatia intenta girarse hacia el altar, pero se lo impiden las bofetadas y las patadas de algunos de los brutales monjes que la mantienen firme frente a mí...

Pedro el Lector se me planta delante, con expresión amenazadora, mientras yo – ahora atado de pies y manos – permanezco arrodillado a la fuerza, sujeto por una decena de miserables. “Bien, Shalim, sé que fuiste bautizado, lo sé casi todo sobre ti y sobre esta desgraciada... ¡pero mírame, maldito! ¡déjala estar! así pues, ya hemos quemado la biblioteca del Serapeo con los subterráneos, la nave de Zósimo... y en estos momentos está ardiendo también vuestro condenado Centro de Estudios... ¡mírame, maldito!” y me golpea en la cara, dejándome aturdido. “Escúchame bien, maldito hereje, nos falta el último escondite: ¡si me dices dónde están ocultos los originales de los textos científicos, te doy mi palabra de que con esto” y me muestra mi pequeño puñal “de un solo golpe en el corazón, sin hacerla sufrir, hago justicia como se me ha ordenado y mando a esta condenada a las regiones infernales de los muertos! Pero si no me lo revelas, Hipatia la maga irá a parar de todas formas a su Hades, aunque con un poco más de dificultad...” y aúlla y ríe burdamente, y toda la manada de hienas aúlla. Y Pedro se dirige hacia ella, que intenta volverse inútilmente, que me mira de aquella forma que sólo yo conozco, haciéndome entender que no debo decir nada... nada...

“Tú, Shalim, a pesar de los amigos que me has matado y herido... salvarás la vida” y se acerca nuevamente a mí, la mirada feroz, “¡sólo porque así se me ha ordenado!”, la voz rabiosa, “¡porque tienes una misión que cumplir! ¡deberás contárselo a todos tus compañeros de estudio!, ¡a los de Alejandría!” y toda la manada repite en voz alta: “Alejandría”, “¡a los de Éfeso!”, “¡a los de Antioquía!”, “¡a los de Atenas!”, “¡a los de Roma!”, “¡a los del mundo entero!”, “¡el destino que os aguarda a todos! ¡a todos aquellos que pretenden sembrar dudas, incertidumbres y desobediencia en el ánimo de la gente...!” y eructa una mueca preñada de prepotencia.

Hipatia, con los ojos, me suplica que no revele nada...

Pedro se arrodilla, me oprime el cuello con su manaza, casi me degüella con sus dedos que acaban en garfios: uñas arqueadas, larguísimas, puntiagudas, me mira fijamente con desprecio, en mis ojos debe leer que yo experimento el mismo sentimiento hacia él, comprende que puede hacerme cualquier cosa, que, de todas maneras, no voy a hablar, hace rechinar los dientes amarillos, está a punto de estrangularme,

me asfixio... al fin me arroja sobre el sarcófago de mármol junto al cual me tienen inmovilizado sus esbirros.

Se gira, regresa donde Hipatia, con la concha afilada le rompe la mordaza: “¡Tú no eres una pagana cualquiera: tu sacrificio debe servir de escarmiento, debe acelerar las conversiones en masa! y Shalim no podrá dejar de contar lo que vamos a hacer contigo, todos deben saber cómo y dónde se ha cumplido la justicia de Dios” y besa la voluminosa cruz de plata que lleva colgada al cuello, escarbando con ojos fríos entre las sinuosidades de mi maestra... mientras los senos de Hipatia se yerguen afanosamente... emite tímidos lamentos, sus ojos han sido ultrajados en el pudor, intenta mantener juntas las piernas, pero los monjes que la tienen agarrada, con un gesto violento, hacen que las separe desmesuradamente... Pedro contempla largamente el bellissimo cuerpo que es presa de convulsiones y espasmos: “Debes ser borrada de la vida y de la historia, Hipatia. Si sólo hubieras sido hereje y pagana, serías simplemente eliminada: ¡pero tú encarnas la rebelión! ¡la rebelión llevada a cabo por una mujer! ¡Y pensar que nosotros, cristianos, somos portadores de la verdadera revolución, elevando a la mujer al rango de ser humano! ¡Pero a ti esto no te ha bastado! ¿Por qué crees que Dios te hizo tan hermosa? ¡Para hacer feliz al hombre, para amarlo y servirlo!” y sacude la cabeza con toda su cabellera hirsuta “en cambio, tú ahora estás temblando porque probablemente ésta es la primera vez que un hombre te contempla desvestida! ¡de esto te avergüenzas! ¡pero de haberte asomado al cielo de Dios... no!”

El último resplandor de una lucerna que arde a los pies de una cruz de marfil centellea en los ojos inocentes de Hipatia. Las facciones desencajadas de mi maestra parecen ablandarse, su mirada está transida de una noble tristeza, su voz abatida está impregnada de dulzura: “Dios es hálito racional presente en toda la materia y el universo ha sido escrito con el aliento de la creación. A nosotros, criaturas humanas, se nos ha concedido un poco de este aliento para que probemos a descifrar los secretos del mundo... no tiene importancia si quienes los descifran son hombres o mujeres...” y busca el consuelo de mi mirada.

A través del terror y del llanto, consigo vislumbrar sus ojos enardecidos, de una trágica intensidad... Pedro tiende la concha a un monje que está a su lado, aferra a Hipatia por los cabellos de detrás de la nuca, la inmoviliza con la mano izquierda, lo ayudan los otros dos y... ¡Dios...! ¡Dios...! y con dos dedos, provistos de aquellas espeluznantes... ¡amor...! ¡amor... ¡ y con dos dedos, con aquellas uñas espeluznantes... le arranca un ojo a mi Hipatia... que profiere un

gemido desgarrado... ¡Dios... Dios, detén a este demonio! Pruebo a liberarme, Hipatia grita, yo también intento gritar, no puedo, me golpean en la cara, el verdugo arroja sobre el altar, entre los pétalos blancos, el ojo de mi amor... Hipatia exhala estertores desesperados, gemidos aún más lacerantes mientras... ¡Dios! ¡Dios, no...! Mientras Pedro, con las uñas empapadas de sangre le... arranca... ¡Dios! le arranca el otro ojo... Rujo, doy patadas, Hipatia grita... amor mío... pobre amor mío... el matarife lanza el ojo junto al otro pobre globo sin vida... entre los pétalos de lirio... ¡Dios...! la ha destrozado: donde antes estaban aquellos dos pequeños soles... ¡ahora hay dos cavidades sanguinolentas...! Ella gime, intenta sofocar el tormento en la voz. Yo también tengo cubierto de sangre todo el cuerpo, los ojos... Este demonio no se arredra, vuelve a empuñar la concha afilada, brama, ordena tumbar a Hipatia sobre el mármol del altar, en medio de los pétalos blancos, acerca la gruesa valva de la concha al vientre, haciendo que los esbirros le separen las piernas, empieza a rasgarle el pubis, a penetrarla con la concha hiriente, Hipatia emite gritos estrangulados, desesperados, la voz iracunda del demonio trueno en la catedral, densa de incienso y de chillidos endiablados: “¡Tú no puedes morir como un enemigo cualquiera! ¡tú debes ser despedazada! ¡así también haremos pedazos tu pensamiento, tus proyectos, los recuerdos de aquel cielo que has profanado!” y continúa torturándola, y mi amor gime con un tormento... ¡oh, Dios, Dios! “Tú serás descuartizada porque, además de todo aquello que has dicho y que has hecho... además de todo eso” y se ensaña con atroz fiereza “¡además de todo eso... eres mujer!” y le desgarras las entrañas “¡mujer...! ¡mujer...! ¡mujer...!” Estertores desesperados de Hipatia, yo intento gritar, blasfemo contra el Dios que está consintiendo esto... Pedro ordena a voces a la chusma de monjes-asesinos que no la hieran en el corazón. ¡Este privilegio le está reservado! Y la manada sedienta de sangre se arroja sobre mi pobre amor... ¡oh, Dios...! ¡Cristo en la cruz! Con las conchas afiladas le cercenan... ¡Cristo Jesús... le seccionan los dedos! ¡le cercenan las manos! Hipatia está viva, el tormento en su lacerante dolor... la emprenden con sus piernas, ¡Jesucristo!, ¡tú no has existido jamás! Le arrancan los senos, los labios, sangre, los devoran, los labios de mi Hipatia... intento destrozarme la cabeza contra el mármol del sarcófago que está a mis espaldas, pero los hijos de Satanás me lo impiden... emiten alaridos salvajes, tus lamentos desgarrados... amor mío... ¡los hijos del demonio me obligan a escarbar con los ojos en la devastación de tu cuerpo...! casi me los desgajan para mantenérmelos abiertos... mientras por decenas, por cientos se

abalanzan sobre el altar para arrancarle un jirón a aquella pobre criatura... ¡Cristo! ¡Cristo...! ¡para arrebatarme lo que queda del vientre...! Cerbero, ayúdala tú... Pedro el Lector, ebrio de sangre, se abre paso entre la sangre, a voces... ¡amor! está a punto de terminar... tiene que gritar: no quieren cederle el puesto... logra precipitarse sobre el cuerpo ultrajado, alza la concha afilada, eleva los ojos hacia la cruz de marfil... y asesta un golpe mortal bajo los despojos del seno de Hipatia, quebrándole el corazón... un último estremecimiento de vida... el carnicero no se detiene... escarba, lo extrae, lo levanta... el corazón de mi amor... extiende la mano ensangrentada hacia lo alto... un aullido de gozo emana de la manada sedienta de sangre, Pedro arroja el corazón de mi maestra entre los pétalos ya ensangrentados... pataleo con las escasas últimas fuerzas que todavía me restan, quiero morir, asfixiarme... Pedro se tambalea de embriaguez, se arrastra, se apoya en la balaustrada asistiendo a la infernal visión de sus monjes-asesinos que acaban... ¡Dios! ¡Cristo! ...que acaban de despedazar el cuerpo sin vida de Hipatia... ¡y me torturan, y me fuerzan a mirar! Cristo... ¿cómo hacer para reventar en este mundo? aquellos chacales ávidos de sangre recogen los fragmentos desperdigados de Hipatia y los reúnen en dos sacos de yute... y luego fuera, fuera, en la noche... me conducen con ellos... ¡mientras yo sigo dando patadas y no sé cómo puedo morir! me vierten sobre el carro de Pedro, y Pedro brama por las calles de Alejandría... mientras todos vocean a nuestro alrededor! y arrastran los restos de Hipatia por el suelo... delante de nosotros... ¡Cristo! ¡Cristo! ¡déjame reventar...! algunos pedazos de mi amor se pierden en nuestro recorrido, en la carrera endemoniada, en la noche... y pasamos por calles iluminadas, y después por la vía del Sol, ¡delante del Centro que está ardiendo! ¡lanzadme, hijos del mal! ¡lanzadme al fuego! Pero la orgía infernal prosigue por todas las calles de la ciudad... ¡A tientas, borrachos de sangre, bajo el palacio episcopal... los sacos sanguinolentos elevados al cielo... cantan victoria! y luego... y luego, un último trayecto hacia la Puerta de la Luna... y al final al *Cinaron*... donde se queman los desechos... la manada de demonios arroja en medio de la inmundicia los restos de mi amor... Pedro el Lector aviva el fuego... ¡basta! pataleo, me golpean en la cabeza, me sangra todo el cuerpo, me empujan junto a Pedro, al vertedero que empieza a arder... no me ahorran nada... debo presenciar hasta el último acto de este Apocalipsis... las fauces del *Cinaron* empiezan a vomitar un humo... unas cenizas que no pueden... ¡que no pueden ser malolientes! ¡hay un error en los designios de Dios! ¡este humo tiene que perfumar, emana de mi amor! ¡de la mejor de tus

criaturas! ¡entonces, tú eres Satanás! ¡has tenido miedo de que Hipatia te desenmascarara...! ¡pero lo estoy haciendo yo, maldito demonio...! La boca del *Cinaron* continúa escupiendo un hollín espantoso, embadurnando la pureza del cielo estrellado... mientras la bruma desciende para tragarse... ¡te estoy descubriendo, inmunda criatura bajo la apariencia de Ambrosio, Teófilo y Cirilo! ...a tragarse hasta el trémulo vapor de niebla que está intentando levantarse desde el mar... mientras hoy, en este jactancioso e inhumano apocalipsis, estás interpretando tu papel como Pedro el Lector... como este demonio enfangado de sangre y de tinieblas... que está elevando al cielo sus uñas ensangrentadas, sacudiéndose para dispersar los irreductibles átomos de ceniza que vibran por recomponerse, transformados en luz, bramando: “¡Esto dice Agustín de Hipona: la mujer es inmundicia! ¡Y también tú, Hipatia de Alejandría, eres sólo inmundicia...! ¡inmundicia! ¡inmundicia...!”

### **último sueño: «pero yo sigo en camino»**

*El día. Lentamente me avvicino a la moderna fachada de la anónima iglesia que destaca en el callejón. El angosto pasaje se desliza en un único sentido entre dos bileras de construcciones que parecen haber sido diseminadas por una mano irreverente. El cielo, agobiante de bajas y húmedas nubes, recubre el pretencioso decorado de una moderna periferia romana. Agosto. Un día de pleno verano que evoca un otoño un poco sofocante, en este año en el que las estaciones se van sucediendo al azar, frío y calor que parecen haberse intercambiado los papeles, jugando alocada e irrespetuosamente con las ajenas humanas razones. El coche con el largo receptáculo maniobra con dificultad para poder desprenderse de la voluminosa carga, la pesada caja de madera que oculta el cuerpo de una joven mujer, muerta de una enfermedad fulminante e indiferente. Emociones, historias, sonrisas, miradas socarronas de gato ronroneante dispuesto a sacar las uñas, inteligencia, proyectos, hijos a los que acompañar en su camino: he aquí todo lo que se ha llevado la muerte, suceso indubitable de todas las vidas.*

*Pero, en el momento mismo en que el cortejo fúnebre se detiene ante la puerta de la iglesia, gruesas gotas comienzan a humedecer la tierra, seca ya desde hace días, y al cochero, que ha descendido para abrir la puerta posterior, y a los parientes y amigos que esperan, y mi chaqueta oscura y mi rostro apesadumbrado. Calientes y pesadas gotas que, como lágrimas, impregnan, cual dulce despedida, la cita de la joven mujer con aquéllos que han venido a su encuentro: el cielo y las nubes están llorando por ella, amada mía. Dicen: estás entre nosotros y con nosotros, cuerpo y pensamiento y pasiones e ideas y amor... Y las gotas de lluvia dejan de caer cuando el féretro es transportado desde el coche al interior de la iglesia, y no riegan con más lágrimas un cuerpo ya desgastado de demasiadas lágrimas. Y durante el oficio, y después de los últimos adioses, y aún cuando el coche funerario retoma su marcha hacia el definitivo reposo. Y yo, pobre espectador, estoy seguro de que los ojos del cielo han enjugado las propias lágrimas para permitir a la joven mujer que no sufra más y que descanse finalmente para soñar con su destino.*

*La noche. Dulce como seno de mujer, amarga por un beso perdido. Y el corazón, marchito en un suspiro de amor, y la nostalgia de un mundo que ya no existe, y la soledad en la inmensidad del espacio, y la luna blanca de luz que le cuenta a quien la contempla una historia de hace tanto tiempo... Vagando en la oscuridad, yo pregunto a las tinieblas: ¿dónde está mi amor perdido? Tal vez se quedó en los ojos y entre los castaños cabellos de la mujer que conocí un día, de pasión plena y de sueños, que llamaba, quería y quemaba. Yo la encontré en una vida pasada. Le dije: dónde vas,*

*detente y háblame del cielo y de las estrellas, el mundo es una imagen de lo que somos, y si tú quieres, tu camino será mi camino.*

*Tú, en cambio, fuiste a morir un día de primavera, siguiendo el curso de una vida impetuosa. La violencia sin esperanza de los hombres fue lo último que vieron tus ojos, acostumbrados a observar las estrellas y las lejanas galaxias, los gritos raucos e inhumanos de seres que jamás han estado vivos fueron el sonido postrero que atravesó tus oídos, habituados a escuchar y a discernir nuevas y complejas combinaciones musicales. Y te volviste viento y arena y agua, simiente de conciencia esparcida sobre la tierra. Y yo me quedé y esperé, durante años, durante siglos, encadenado al muro de mi soledad, desgastado del sol y del hielo, mientras el ingente engaño de la muerte se enseñoreaba implacablemente, ahora ya sin cortapisas, del mundo entero.*

*El alba. Y el gran templo que veo difuminarse entre tímidos destellos de la aurora ofrece un semblante intenso y dramático a mis ojos, a mi cuerpo fatigado, a las raídas vestiduras, a la mano firme que aprieta una corta espada roja de sangre enemiga, en cuanto sus innumerables piedras me recuerdan, me tienen que recordar, el despiadado crimen de mi amor. Yo, compañero en la búsqueda y fútil guerrero, he asistido impotente a la muerte de mi maestra, de Hipatia, de mi mujer, de una sabia que andaba en pos de lejanos y palpitantes confines. Yo formo parte de un reducido público que abandona el teatro porque la función ha terminado y nunca más volverá a representarse.*

*El sol se apresura bruscamente hacia lo alto, y yo, Shalim, hijo de Isidoro, fabricante de papiros, uno de los últimos de la Escuela alejandrina, dejo caer el puñal, y mientras las puertas de la vida se cierran a mis espaldas, lentamente desciendo al valle donde moran los hombres en busca de mi verdad.*

*Ahora recorro tierras y océanos, la hiriente luz del sol no consigue rasgar las tinieblas que arrebozan mi mente como negro sudario. El tiempo es una senda infinita, que conduce a lo lejos, a un mundo imposible. ¿Dónde estás, sueño mío perdido? Tal vez un día entre innumerables otros sentirás un cansino caminar sobre el árido polvo de un sendero escondido. Llama, que mi nombre resuene alguna vez en el silencio que todo lo invade. Vo¿ mía, atrapa el sonido y devuélvele el eco a ella, a su cuerpo, mío desde siempre, a su mirar velado de largos cabellos, al aura dorada que envuelve los blancos y sensuales miembros, de átomos, materia, fuerza, fuego, frío, volcánica voluptuosidad de inconmensurables universos.*

*Detente ahora, y háblame del cielo y de las estrellas, haz que el polvo se eleve hacia lo alto, que mi corazón vuelva a latir, que mi cuerpo sea luz.*

*La espera es infinita, pero yo sigo en camino.*

### *Nota de los autores*

Descubrí a Hipatia mientras elaboraba la introducción a mi segunda novela histórica (*Roghi fatui*), que, unida a *Eresia pura*, pretende ser una aportación personal al análisis de la lucha entre Ciencia y Religión, desde la Edad Media al Renacimiento.

En aquella ocasión sólo pude dedicar seis líneas a la sabia alejandrina. Seis líneas que, sin embargo, bastaron para avivar en mí la llama de la curiosidad.

Desde mi primera aproximación a las fuentes históricas comprendí que para hacer un relato de las vicisitudes de este gran personaje (presente en las obras de Pierre de Fermat, Chateaubriand, Voltaire, Proust, Toland, Fielding, Diderot, Gibbon, Wieland, Péguy, Leopardi, Monti, Pascal, Luzi, Calvino y tantos otros) además de la pluma de un novelista (la mía, que en el texto escribe con “letra de imprenta”) era preciso, asimismo, el despliegue de todo un entramado de valores y símbolos propios de un filósofo (los *sueños*, en “letra cursiva”). De este modo nació la sinergia con Antonino Colavito, cuya pluma ha sabido dar cuenta del firmamento de Hipatia, de su nube palpitante de átomos... nube luminosa en la que se han disipado algunos fragmentos de la bruma ensangrentada de mi narración: un relato sin piedad hacia verdugos y sicarios que, con premeditada crueldad, pusieron fin a su vida corriendo la cuaresma del año 415 d.C.

Filósofa neoplatónica, musicóloga, médico, matemática, física, *madre* de la ciencia experimental (estudió y construyó el astrolabio, el hidroscoPIO y el aerómetro)... y, como escribió Pascal, “*última flor maravillosa de la gentileza y del saber helenístico*”, Hipatia era hija de la Escuela de Alejandría, la principal comunidad científica de la historia, donde habían estudiado Arquímedes, Aristarco de Samos, Eratóstenes, Hiparco, Euclides, Tolomeo... genios, todos ellos, que sentaron las bases del saber científico universal. En los setecientos años de su existencia la Escuela alejandrina había alcanzado cotas tan elevadas en el campo científico que habría bastado dejar con vida y libertad de estudiar a Hipatia y a sus discípulos para asegurar otros 1200 años de progreso.

Sin embargo, sobre Hipatia y sobre toda la humanidad se abatió la mayor de las desventuras: el ascenso al poder de la Iglesia católica y su pacto de sangre con el imperio romano agonizante. Dicho pacto – además de la supresión del paganismo – contemplaba la liquidación de las bibliotecas, del saber y de los sabios, la anulación del librepensamiento, de la investigación científica (de hecho, los Concilios

de Cartago prohibieron – incluso a los obispos – estudiar a Aristóteles, Platón, Euclides, Tolomeo, Pitágoras, etc.). A la mujer debía impedírsele el acceso a la religión, a la escuela, al arte, a la ciencia.

En pocos decenios se había conseguido llevar a cabo la casi totalidad del proyecto. Pero Ambrosio, Juan Crisóstomo, Agustín y Cirilo – los gigantes del naciente imperio de la Iglesia – toparon en su camino, pavimentado de hogueras y de sangre, con un último impedimento: una joven y hermosísima criatura que dirigía la Escuela alejandrina, una sabia de rectitud moral inquebrantable que, al término de una jornada de investigación y estudio, se echaba sobre los hombros el *tribon* – el manto de los filósofos – y deambulaba por Alejandría para explicar a la gente – con ingeniosa elocuencia y extraordinaria ciencia – el significado de la libertad de pensamiento, del uso de la razón.

Y Cirilo, obispo y patriarca de Alejandría, urdió el martirio de Hipatia.

Matar injustamente a cualquier ser humano es truncar una vida, destruir una oportunidad, pero sacrificar a una criatura como Hipatia es causar un daño incalculable a la humanidad entera, es matar la esperanza en el progreso humano.

Este crimen marcó el fin del paganismo, el ocaso de la ciencia y de la propia dignidad de la mujer. Supuso el triunfo definitivo de la caterva más astuta, refinada, voraz, despiadada y feroz que ha producido la especie humana. A partir de aquel marzo del 415 d.C. la Iglesia católica, además de encarcelar, torturar, quemar vivos a pueblos enteros, aprisionó la mente de los hombres para manipularlos, dirigirlos, dominarlos, aliándose siempre con el poder y la injusticia. Ningún *mea culpa* podrá jamás restituir a la humanidad tanta sangre inocente ni tantos siglos perdidos para el progreso.

En aquel 415 d.C. de nada sirvió la voz aislada del prefecto imperial Orestes, que, inútilmente, intentó defender y salvar a esta mujer de ciencia. Llegado a Alejandría, antes de visitar al *magister militiae* y a las demás autoridades, incluso antes de obsequiar al obispo Cirilo... Orestes se dirigió a rendir homenaje a Hipatia, astro incontaminado de la sabiduría. Ella le hizo ver que, en realidad, no podía definirse como “pagana”, porque “cualquier religión, cualquier dogma, es un freno para la libertad de investigación y puede convertirse en una prisión que impida indagar libremente sobre el origen de la vida y el destino del hombre”. Hipatia le refirió cómo, tras el incendio de la biblioteca, el prefecto imperial Evagrio le había propuesto que se convirtiera al

cristianismo, a cambio de mayores subvenciones para su escuela, y cómo ella se había negado diciéndole: “Si me dejo comprar, perderé mi libertad. Y no podré seguir estudiando. Así es como funciona una mente libre: incluso ésta tiene sus reglas”.

Este libro pretende honrar la memoria de la primera mártir de la Razón, que prefirió morir sacrificada antes que renunciar a la libertad del pensamiento, condición insoslayable del progreso humano.

En los albores de este tercer milenio, la UNESCO, a petición de 190 estados miembros, ha dado vida a un proyecto internacional destinado a favorecer iniciativas científicas provenientes de mujeres de todas las nacionalidades, porque si se quiere una Ciencia verdaderamente al servicio de las necesidades reales de la humanidad, es preciso lograr, sin más demora, un mayor equilibrio en cuanto a participación de ambos sexos en el progreso de la misma. En la actualidad la representación de las mujeres en el ámbito de la ciencia supone sólo un 5%. La Unesco ha dado a este proyecto internacional el nombre de HIPATIA.

*Adriano Petta (Roma, agosto de 2003)*

continuación de la “Nota de los autores” (de Antonino Colavito)

*Toda biografía, aun cuando se presenta en forma de novela histórica, constituye un intento, en la mayor parte de los casos no coronado por el éxito, de interpretar el significado de las vivencias, privadas o públicas, del protagonista. En realidad, el narrador nunca consigue dar un sentido a la vida del personaje, ni explicar el porqué de la fascinación que despierta, del influjo, de la sugestión, de la pervivencia de un mensaje que, transmitiéndose por vías a veces impenetrables, arraiga en las mentes y en los corazones de generaciones posteriores; en definitiva, el porqué de la inmortalidad que caracteriza al sujeto.*

*Un lector exigente puede sortear el obstáculo, abordando el estudio de las obras del hombre o de la mujer cuya historia se narra, y culminar así un recorrido cognoscitivo que puede conducir, a través de la propia sensibilidad, a una mayor comprensión del otro, o bien a asimilar pensamientos, sentimientos y vivencias, y hacerlos propios.*

*En lo que se refiere a Hipatia, la escasez de fuentes históricas y la carencia casi total de obras suyas, siquiera bajo la forma de fragmentos, han hecho más impracticable aún un itinerario de escritura que, por las razones expuestas, se presentaba ya arduo. Y todo ello, partiendo de una fama secular que llega hasta nuestros días, absolutamente incomprensible si se valoran los documentos que la conciernen, pero perfectamente asumible si se tiene en cuenta que el pensamiento humano es mucho más que signos sobre papiro, o pergamino o papel o en un soporte cualquiera.*

*La idea directriz de los autores ha sido la de desarrollar la novela a lo largo de dos líneas narrativas que se entrecruzan como dos espirales, cual nuevo ADN. La primera es la aventura de la mujer Hipatia, su acontecer cotidiano, privado, científico y político, en un contexto histórico rigurosamente recreado, una vida que irá adquiriendo tintes cada vez más dramáticos, culminada en el terrible epílogo. La segunda es la voz de Hipatia, que, intercalando en la primera narración episodios o “sueños”, describe sus investigaciones, enseña, se comunica con quienes la escuchan, maestra de un saber científico cuyos orígenes se remontan al menos a mil años antes. Método de investigación, rigor en la observación, desarrollo de un plan conceptual, que el desmoronamiento del mundo helenístico y el triunfo del cristianismo sepultarán durante muchos siglos, hasta el nacimiento de la ciencia moderna, desde Galileo en adelante. Y filósofos antiguos y científicos modernos prestan su voz a Hipatia, que hablará de la materia, del espacio, del tiempo, de la gravedad, de la luz, del sonido, de la técnica política, desde el saber antiguo a los más recientes postulados, desde Tales, Heráclito o Pitágoras a las teorías de la relatividad y cuántica, a la*

*música experimental contemporánea, todo ello unido a una trayectoria de búsqueda y de transformación personal, suya y de las gentes entre las que vive y a las que enseña.*